

JOSE GIL ROMERO & GORETTI IRISARRI

CORAZONES DE PLOMO

TODOS LOS MUERTOS
LOS CAPÍTULO PERDIDOS



TODOS LOS MUERTOS
LOS CAPÍTULO PERDIDOS

por Jose Gil Romero & Goretti Irisarri

Edición octubre de 2019

@2019, Jose Gil Romero y Gorette Irisarri

email: joseygoretti@gmail.com

[facebook.com/gil.romero.irisarri](https://www.facebook.com/gil.romero.irisarri)

twitter.com/Jose_Gorette

[instagram.com/joseygoretti](https://www.instagram.com/joseygoretti)

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los propietarios del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal Español).

Agradecimientos: los autores desean agradecer a Pía Quevedo, Xu Jie y Aymée Rivera Pérez por su colaboración en ciertas traducciones y modismos particulares.

Índice

Prólogo

Capítulo 1

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10

Capítulo 2

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16

Capítulo 3

1
2
3
4
5
6
7
8

Prólogo

Aparta a un lado el cuenco de arroz. No tiene hambre.

Al sacarse los zapatos, sus pies se descubren envueltos en apretadas vendas. A medida que va desenvolviéndolos surgen los dedos montados unos sobre otros, han empezado a deformarse. La joven se los frota, dolorida.

Madame Wang abre la puerta del cuartito, una habitación interior sin ventanas, iluminada por unas velas en el suelo. Bate palmas, acuciando a la chica:

—Ta-ta-ta, estúpida, vuelve a poner zapatos. Viene un caballero.

Todas las muchachas de *madame Wang* se ven obligadas a sufrir el *Sān cùn jīnlíán* —la propia *madame* está orgullosa de su calzado diminuto; unos pies grandes le resultan un espanto. «En Occidente —piensa—, las mujeres no saben ser femeninas». Ella lo aprendió así desde niña: el *pie de loto* da un alto valor a cualquier mujer. Su vena de comerciante encuentra, además, que la vieja costumbre tiene el mismo sentido práctico que para los celosos maridos chinos: a una mujer con el pie contrahecho le es difícil huir.

La chica se apresura a esconderse tras un biombo y vendarse de nuevo los pies doloridos.

Madame Wang hace pasar al boticario Ferrer, que se adentra en la habitación, azorado; no consigue acostumbrarse.

El cuartucho es indigno. El olor del incienso quiere encubrir el del encerrado sudor de anteriores clientes. En la pared del fondo preside un dragón chino descolorido, pintado sobre manchas de humedad; un colchón se extiende sobre el suelo, recubierto por una colcha roja. A su lado, tiembla la llamita del incensario.

Madame Wang está ya despojando al boticario de su maletín, lo deja junto a la puerta.

—Isaura muy bonita —remarca levantando un dedo—. Pelo y dientes buenos.

Sinesio Ferrer se estremece. El tosco dragón enciende en él viejos remordimientos, también rescoldos de deseo, recuerdos de placer de las otras veces que ha venido. Quizá debiera marchar, despedirse dejando pagada la sesión sin utilizarla. Bastaría con pedir su maletín, abrigo y sombrero, abandonar enseguida el local. Así, cuando volviera a casa no sentiría vergüenza de sí mismo al mirarse al espejo.

Oye la puerta cerrarse tras salir la señora Wang. Se ha marchado, gracias al cielo, llevándose consigo esa sonrisa ladina, tan suya.

Isaura ha salido de detrás del biombo. Es una hermosa joven negra, vestida de rojo. Tiene el pelo muy corto, ensortijado; resulta llamativa la elegancia de las líneas de su rostro, la calidez de sus labios gruesos y sus grandes pechos. No abundan las mujeres de raza negra en Madrid, son extremadamente raras.

Isaura mira al caballero con sus ojos color miel, pareciera pedirle permiso para acercarse. Sinesio Ferrer aguarda, envarado. Sirve de saludo un ligero gesto de asentimiento. No es la primera vez que se ven, seguramente tampoco sea la última.

Entonces corre una a los brazos del otro, y se funden los dos cuerpos después de tantos días sin estar juntos. Cuánto se echaban de menos. Se dan pequeños besos, en la boca, en la frente, recorren sus rostros y vuelven a abrazarse de nuevo. La piel de la joven huele a frutas exóticas del Caribe, a mar embravecido y arena. En brazos de su amada, Sinesio Ferrer flota en un sueño.

Quiere pensar que nadie pudiera reprocharle este deseo que le arrebató; al fin y al cabo, ¿verdad?, ningún hombre puede negarse a una diosa.

Sin separarse un momento, mientras él desabotona las presillas de su espalda, ella desabrocha su camisa. Liberada por fin, la joven negra deja caer su vestido sobre la camisa de él, que yace en el suelo. La muchacha acaricia las cicatrices que surcan el pecho del hombre, y también las regala con tiernos besos. Para Sinesio Ferrer, el cuerpo cálido de Isaura convierte en un eco lejano el cuerpo de las otras mujeres que amó; incluso el de aquellas a las que nunca tocó y que deseó en secreto, aquellas con las que simplemente cruzó una mirada ardiente. A ninguna amó tanto Sinesio Ferrer como ama a la hermosa Isaura, la esclava cubana.

Capítulo 1

1

El puente de las manzanas; así lo llaman, a este mercadillo improvisado que de cuando en cuando se organiza bajo los arcos. Aquí acuden campesinos de las cercanías, a tratar de endosar lo que nadie ha querido comprarles: fruta *chuchurría* y amoratada, repollos que crían ya todo un país de moho... Los vendedores exponen su género en el carro o en las canastas que carga una burra, pero también esparcido por el suelo en mantas o cajones de madera renegrida. Al calor del mercadillo acuden desarrapados de todo pelaje y venden velas, cuerdas, sebo, aceite y jabón; también algunas aves, que se revuelven en jaulas destartaladas. Los vecinos de las cercanías atestan el puente, a la búsqueda de una buena ganga. En un extremo, una gitana fríe buñuelos en un perol.

Nadie repara en la piel oscura de una figura que se mueve entre la multitud, tapada la cabeza y media cara por una mantilla raída. De una canasta atrapa una manzana podrida y, devorándola, se escabulle entre el gentío.

Lleva un par de días pateándose las calles. Madrid es para ella un laberinto.

Un par de días, apenas, hace que escapó; le da la impresión de que hayan pasado semanas.

2

Arrodillada, *madame* Wang lava con una toallita los pies de la muchacha. La negra Isaura se halla tendida sobre la cama de seda roja ofreciendo la pierna. En la palangana flotan hojas y flores.

—Están duros —dice *madame* con ternura—. Eres demasiado mayor. Pero no te preocupes, nunca es tarde. Te dolerá más, claro.

Isaura agacha la cara. *Madame* Wang saca unas tiras de lino. Las rasga y, como cada día, comienza a vendarle los pies a la chica, empezando por los dedos.

—Qué pies enormes. Ningún chino respetable te querría, pareces una mujer vulgar.

—Aquí no hay chinos —se atreve a espetar ella.

Sonríe la vieja.

—Hay hombres —dice enseñando los dientecillos—. Con esos pies, ni siquiera *los blancos* te querrán.

Isaura evita decir nada, llorosa; su dignidad lucha contra el dolor y la humillación, en una batalla por contener las lágrimas. Aprietan los vendajes, pero duelen el doble las palabras de *madame* Wang —casi le parece más cruel su dueña cuando no la trata a golpes.

Las chicas de la casa temen a aquella vieja alcahueta más que al diablo; ninguna es libre de aceptar o no a los clientes, ni reciben dinero alguno. Pertenecen legalmente a *madame*; fueron vendidas en las colonias y traídas aquí en secreto, igual que si fueran fardos de contrabando. Son esclavas. Las chicas podrían reclamar su situación, pues la esclavitud no está permitida en la península, pero para ello hacen falta recursos de los que ninguna dispone: conocimientos, abogados, amigos. Y *madame* Wang anda en buena connivencia con policías, empresarios y hasta

señores del gobierno. De cualquier modo, para todo eso antes habrían de escapar de aquellos sótanos, y *madame* Wang las vigila de cerca; maneja las llaves y también sus vidas.

Tras constreñir dedos y pies dentro de un vendaje que los reduce a la mínima expresión, la vieja saca aguja e hilo y se pone a coser las tiras de lino, apretándolas a conciencia. Mientras Isaura gime de dolor, la vieja le habla con pretendido cariño.

—Tú guapa. Como dice dicho: «Una cara bonita es regalo del cielo, pero par de pies bonitos es trabajo mío». Yo conseguiré que tengas *pies del loto dorado*. De niña, en Yunnan, aprendí bien. Mira.

Madame Wang, coqueta, se levanta el largo traje. Luce un pie pequeñísimo, calzado con un zapatito de seda; apenas sobrepasa el tamaño de una manzana grande.

—Gracias a ellos me casé muy bien. Mi primer marido, Wei, tenía un negocio en el puerto.

Isaura rompe a llorar; le duele horrores, siente que revientan los dedos bajo los vendajes a causa de la presión terrible a que son sometidos cada día.

Se rebela e intenta arrancarse las vendas. *Madame* Wang la sujeta por las muñecas, gritan las dos mujeres. La alcahueta acaba retorciendo el brazo de la chica, que queda inmovilizada.

—¡*Changji!* —la insulta—. ¿Cómo te atreves a ser arrogante?

Y comienza a pegarle; Isaura se protege con las manos, le llueven golpes en la cabeza, en los hombros y el pecho. A conciencia evita *madame* Wang darle en la cara, por no estropear la mercancía.

—¿Crees que hermosa siempre, zorra malcriada? —¡*Paf! Paf! ¡Paf!*—. Dentro de poco tiempo *eso* entre piernas se habrá marchitado; entonces no valdrás ni para colgarte encima la ropa que llevas.

Es cierto que los pies de Isaura son grandes, igual que los de su madre y su abuela. Quizá se debe a un mero reflejo, o quizá un rescoldo había estado esperando dentro de ella, paciente, hasta que un soplo definitivo lo convirtió en llama: son ellos quienes golpean de pronto. No solo cogen desprevenida a la vieja Wang; la mayor sorpresa se la lleva la propia Isaura. Aquellos pies disparan una patada de furia concentrada en la cara de *madame*.

A veces, un vaso arrojado al suelo permanece entero; otras, un toque mínimo en su estructura de cristal lo hace estallar. Los muchos azares que gobiernan el universo se ordenan en aquel instante para que no sea la patada de Isaura lo que neutraliza a la vieja china, sino el golpe que viene a darse contra el suelo.

Rebota aquel rostro amoratado y, después, de puro miedo, Isaura se deshace de las vendas que envuelven sus pies, agarra los zapatos y sale huyendo.

Esquiva a un par de sirvientes chinos por el pasillo, apartándolos de un manotazo. Corre rápido, corre como lo hicieron sus abuelos años atrás, cuando unos malditos asaltaron la aldea africana buscando carne negra.

La negra Isaura pisa uno tras otro las manos y cuerpos de varios clientes del fumadero de opio, pero no oye sus protestas. Todos sus sentidos están concentrados en el fondo de las escaleras de la sala, en la puerta final. Fuera aguarda la libertad.

Y del mismo modo que, a veces, no se rompe un vaso arrojado contra el suelo, ocurre el sueño acariciado mil veces: Isaura traspasa la puerta y escapa.

Está a punto de abandonar el puente cuando le sale al paso la figura imponente de un caballo tordo. Isaura levanta la mirada hacia el jinete y cuando descubre de quién se trata le parece sentir un latigazo en los ojos. «¡Me encontró!», grita por dentro. Se cierra la mantilla a fin de ocultar su rostro y da la vuelta para escapar entre la marabunta.

Ya es tarde, sin embargo: hace rato que Baldomero San Román la descubrió entre el gentío; no le ha quitado ojo. Hince espuelas en el caballo. Montado y oteando desde arriba, se mete entre la gente; resuenan los cascots mientras todo el mundo, atemorizado, abre hueco para que pase la bestia.

Isaura avanza, avanza a codazos, sin mirar atrás; resuena bajo la mantilla su respiración entrecortada.

Pasa junto a una jaula de pollos: una vendedora, con dos conejos cogidos de las orejas, discute el precio con una clienta. Isaura suelta el pasador de la jaula y las aves escapan. Se monta un buen tumulto: la vendedora, su hijo y su marido persiguen a los pollos; hay gentes de bien que les ayudan a devolverlos a la jaula, pero no faltan patibularios que aprovechan para meterse uno bajo el abrigo. Entre gritos y peleas, Isaura se sirve del alboroto y echa a correr hacia el otro extremo del puente.

San Román azuza al caballo.

—¡Paso! ¡Paso, coño!

Va repartiendo fustazos a fin de abrirse camino; cunde el pánico. La muchedumbre se aparta hacia las paredes, alejándose de su furia; otros le insultan, pero cierran la boca cuando descubren el sable envainado que el jinete lleva al cinto.

No le resulta difícil alcanzar a la esclava Isaura, que termina acorralada contra la base de uno de los arcos.

Baldomero San Román la mira desde lo alto del caballo. Con la fusta le retira la mantilla. El rostro de Isaura queda al descubierto.

—Que me lleve el diablo —musita San Román sonriendo. Tiene varios dientes de oro.

Alza la pierna por encima del lomo de su montura y, sin apartar los ojos de la chica negra, se deja caer. A sus pies pululan algunos de los pollos escapados, cacareando. San Román se agacha y agarra uno por el pescuezo. De un tirón le arranca la cabeza al pollo y se vierte un chorro de la sangre por encima del pecho. Luego se santigua sobre la sangre.

—*Benedictus est* —dice—. A mí no vas a robarme el alma.

Isaura se sabe perdida: como un relámpago agarra el perol del puesto de buñuelos y tira de él. Caen el aceite hirviendo a los pies de San Román, que tiene que retroceder para no escaldarse. La vieja gitana protesta entre gritos, pero Isaura escapa ya a la carrera. Si quiere huir de ese caballo no le queda más remedio que dejarse caer por la ladera.

—¡Negra! —exclama San Román desvainando el sable—, ¡vuelve aquí!

Agarra las bridas del caballo y se las entrega a un crío que se aprieta contra la pared.

—Cuidate de él hasta que vuelva y te daré una moneda. —Le enseña el filo del sable—. Pero si me la juegas será de este del que pruebes.

Sale corriendo detrás de la chica negra, que, a unos metros, alcanza ya la orilla del río y corre por el barro.

Va a saltar por encima de un bulto cubierto de lodo y se le queda un zapato atrapado; Isaura cae de bruces.

Atrás se acerca Baldomero San Román, bajando por la ladera del río, sable en mano; refulge el oro en su boca entreabierta.

La mujer negra agarra el zapato que se le ha quedado atrás. El bulto en el que acaba de tropezar resulta ser un borracho enfangado que la agarra por la camisa.

—Negrita guapa... Estás muy sucia...

Isaura le atiza tal zapatazo en los morros que el zapato sale volando. Al caer, el borracho tira de la camisa y se la rasga; ella está ya levantándose; echa a correr de nuevo.

Su única esperanza es alcanzar el bosque de sábanas que se ve al fondo, en la orilla del río; quizás allí pueda distraer a su perseguidor.

Llegado a las sábanas tendidas a secar, San Román las aparta como quien retira el follaje de una selva, se encuentra con sábanas y más sábanas; no hay quien las seque, hace días que no para de llover. San Román rebusca entre el laberinto hasta que descubre un bulto tras una de ellas.

Lo abraza abalanzándose sobre él y caen los dos, envueltos en la ropa de cama. Escucha bajo la ropa un grito de hembra que más recuerda a un rugido. Cuando San Román retira la tela encuentra a un coloso con forma de mujer. La llaman la Bruta; sobresale el busto como dos cántaros colmados, el grosor de sus brazos dobla a los de San Román.

—¿Qué haces, pedazo de cochino? —exclama la energúmena.

Y de un empujón lo lanza a varios metros; cae sobre sus pobres riñones el hombre de los dientes de oro.

Atisba desde el suelo una sombra que huye algo más allá; le falta tiempo para incorporarse y echar a correr tras ella.

—¡Vuelve —grita la Bruta— y planta cara, malnacido cabrón!

Pero el cazador de esclavos está ya siguiendo un rastro en el fango: las particulares pisadas de Isaura, con un pie desnudo y otro calzado.

—¿Perdiste tu zapatito, Cenicienta?

Allá descubre la sombra, escondiéndose tras una sábana.

Despacio y de puntillas para no embarrarse hasta los tobillos, San Román se aproxima con el sable por delante.

—Cuando era crío tenía un perro —dice en alto, para que ella escuche cómo se acerca—. Un hijo de mil padres, tan contrahecho que ni podía cerrar bien la boca. Un jodido inútil. Pero había una cosa que aquel chucho sabía hacer a las mil maravillas: cazar comadreja. Solo eso, pero había nacido para ello, el hijoputa: podía oler el miedo de la comadreja, esperándolo escondida. Y se iba acercando a ella muy despacio, sin quitarle los ojos de encima, hasta que se le echaba al cuello como un rayo.

San Román, ¡zas!, aparta la sábana de golpe: encuentra a Isaura tan aterrada como la bicha de su historia; pero, al contrario que en su historia, ella no es una comadreja. Isaura le da un revés tremendo con la piedra que ocultaba en la mano y le cruza la cara. ¡Crack!

Cae hacia atrás Baldomero San Román, llevándose las sábanas por delante y manchándolas con la sangre que escupe por la boca: la negra Isaura acaba de saltarle un diente de oro. San Román no consigue frenar hasta que traspasa la última ropa de cama, llega a la ladera, cae por el

fango y da con sus huesos en el río.

5

Sinesio Ferrer tritura el látex seco en un mortero. Le añade unas gotas, y esto lo calienta en un crisol con agua, lo remueve y filtra el líquido pardo.

Marcha bien el negocio: *madame* Wang ha vuelto a encargarle otra remesa de opio, pero la mente de Ferrer se halla ensimismada en muy diferentes asuntos; el principal de ellos no estriba en los tumultos que llevan asolando las calles esa mañana, sino en su Isaura. Teme por ella.

El meticuloso boticario repite el filtrado no menos de tres veces. Calienta el líquido hasta evaporar el agua, y de este hervor resulta una pasta seca, de color marrón, que despega cuidadosamente del fondo del recipiente. Lo extiende sobre una tablilla de mármol. Aspira su aroma, satisfecho pese a todo.

Se pregunta Ferrer lo que ocurrirá cuando al fin enfrente a *madame* Wang: está seguro de que no bastará con el dinero; que tendrá que abastecer de opio a la vieja arpía por los siglos de los siglos. En cuanto *madame* se de cuenta de cómo necesita a Isaura deducirá que tiene atrapado a su mejor proveedor; no va haber forma de disimular ante esa vieja bruja; conoce a los hombres, adivina con una sola mirada sus pasiones más bajas; y no hay duda de que, pese a que su rastreo corazón no lo haya conocido, también sabe leer el amor.

¡Ting! Suenan la campanilla de la botica y Ferrer maldice su mala cabeza; creyó haber cerrado con llave. Se retira el mandilón y los guantes y sale de la trastienda.

—Lo siento, pero en este momento estamos ce...

Una figura oscura y embarrada se revuelve allá, junto a la puerta. Se trata de una mujer sudorosa a la que le falta un zapato; el hombro asoma por la camisa rasgada.

Ella trata de sonreírle pero tiene tanto miedo que apenas emite un balbuceo:

—Por fin doy contigo; nadie sabe cuántas reputas boticas hay en Madrid.

Acude Sinesio justo a tiempo para impedir que se venga abajo, la acoge entre sus brazos y allí se entrega su amada Isaura, exhausta.

—¿Qué ha pasado? —pregunta él—. ¿Estás herida?

Sabe que si ella está allí es porque ha escapado; la vieja señora Wang jamás dejaría libre así como así a ninguna de sus chicas.

—Estoy bien, Sinesio; solo un poquitico débil.

De rodillas en el suelo y sujetándole la cabeza, el boticario extiende el brazo y cierra la puerta. La recuesta en el suelo.

—Dime, ¿te has escapado?

—Me escapé, sí, pero eso no es lo terrible. Me había metido ya en un par de boticas buscándote, porque no sabía cuál era la tuya, cuando, en un mercado, bajo un puente, me encontré a *una persona*. Ni sé cuánto llevaría siguiendo mi rastro.

Es el tono lo que estremece a Ferrer, asociado a un temblor, a un suspiro helado.

—¿Una persona?

—Me encontró, coño —se lamenta la cubana Isaura—. Me encontró.

6

—Es un cazarrecompensas.

Le tiemblan las manos. Tirando de su cuerpo dolorido, Isaura prepara un hatillo con cuatro ropas que le ha proporcionado Ferrer.

—Allá en Cuba se dedica a perseguir a los esclavos huidos, tiene mucha fama. *Mala fama*. Un hijo de perra.

Ferrer le mira desde la puerta rodeándose con los brazos, aterido de preocupación.

—¡Pero adónde piensas ir...!

—Voy a intentar cruzar el estrecho. Tánger o... No sé, Sinesio. Ahora no puedo pensar, de verdad te digo. Solo quiero salir de Madrid.

—Es una locura. Además estás rendida, tienes que descansar.

—No me queda tiempo para eso —dice acariciando el rostro de él—. Ni para eso ni para casi nada.

Les sobresalta un ruido abajo, en la botica, *¡crac!*: es la madera de la puerta, reventada porque la están forzando; el sonido de la campanilla avisa de alguien que entra. Se miran Sinesio e Isaura.

—¿No hay otra salida? —murmura ella.

Y Sinesio niega con la cabeza.

Les llega de pronto una voz, la voz rota de un hombre acostumbrado a fumar mucho, que recita en alto desde la botica:

—«La Habana, 22 de marzo de 1855. Diligencias sobre la esclava Teófila».

Isaura se agarra a los brazos de Sinesio Ferrer. Llevada por la desesperación apunta a escapar por la ventana, pero él la detiene.

—No seas loca, espera.

Mira hacia las escaleras que conducen al piso inferior y, estremecido, musita:

—Conozco esa voz.

7

Cuando el boticario Ferrer entra en su botica acompañando a Isaura de la mano, Baldomero San Román está limpiándose la sangre de la boca con una cortina.

Al descubrir quién acompaña a Isaura le cambia la cara.

—Cristo recién parido, no me lo puedo creer.

Luego echa a reír una carcajada obscena; muestra los dientes de oro que perfilan un agujero con forma de rombo.

—¡No me lo puedo creer!

Ferrer interpone su cuerpo ante Isaura; susurra muy serio:

—San Román.

El cazarrecompensas se limpia la mano en el pantalón y lo enguarra de sangre; todavía se ríe, admirado.

—Cuando me dijeron que habían visto a esta negra entrando en la botica de un tal Ferrer, jamás me imaginé que fueras *tú*. ¡Sinesio Ferrer disfrazado de boticario!

San Román lleva años en Cuba, se le nota: al viejo acento gallego se le ha superpuesto un tonillo cubano, que asoma de cuando en cuando. Lleva un par de meses en Madrid, buscando precisamente a la mujer negra, pero todavía conserva su ropa de la isla, pasada de moda, con encajes astrosos, y casi toda blanca.

—Lo último que supe de ti es que después de la guerra te fuiste a vivir solo, a un bosque.

—Con lo de Aranzueque tuve suficiente.

—Liberamos Madrid de los carlistas —dice San Román chupándose los dedos—, ¿no te sientes orgulloso de eso?

—No me siento orgulloso de nada de lo que hice, San Román. Y del 37 especialmente, menos. Aquí, Ferrer adelanta un paso; agradece que aún les separe el mostrador.

—Qué quieres.

—Quiero a esa negra —dice el mercenario señalando a Isaura con el dedo.

La mujer, corajuda, escupe a los pies de San Román y este amaga con abalanzarse sobre ella, pero el boticario interpone un cuchillo y todos quedan de nuevo congelados.

—Ella —dice Ferrer muy sereno— está conmigo.

—¿Contigo? —repite el cazarrecompensas—. No puedes quedarte con la esclava de otro hombre, Ferrer.

—Veo que no me he explicado con claridad. No es mi esclava: estamos juntos.

San Román deja asomar los dientes de oro; relucen cuando abre la bocaza, alrededor del hueco sanguinolento. Primero va a reírse, pero después descubre que no le hace ninguna gracia y, enfurecido, echa mano al abrigo. Rebusca enfurruñado hasta que saca un legajo.

—«La Habana —lee—, 22 de marzo de 1855. Diligencias sobre la esclava Teófila. Por este papel doy potestad al portador para que donde quiera que hallare a la dicha esclava la pueda prender y, por mi autoridad, la conduzca de vuelta a este dicho lugar».

Ferrer nota la mano de Isaura aferrada a su brazo.

—Esta mujer se llama Isaura.

—La llamarás Isaura tú. En Cuba se llama Teófila, es esclava de un terrateniente dueño de media isla y me paga mucho oro para que se la devuelva porque es de *su* jodida propiedad.

Le acerca el papel, desabrido.

—Carajo, ¿no me crees? Lee.

Sin bajar el cuchillo, Sinesio lee el legajo. San Román se dirige a Isaura enseñando los dientes de oro.

—Tu amo te busca desde hace mucho, negra.

Cuando Ferrer levanta la vista del papel, San Román se recoloca el cinturón y repite el discurso acostumbrado:

—En virtud de la potestad que este documento me otorga: en nombre de su majestad la reina; Teófila la esclava, date presa.

No hace mucho este mismo cuarto estuvo ocupado por otra mujer. Nadya pasó unos cuantos días en esa cama, oculta de los ojos del mundo. Qué triste ironía que ahora sea esta otra, su amada Isaura, la mujer a la que un mercenario engrilleta a los barrotes de la cama.

—¿Es necesario atarla como un animal?

—Muchos de estos —responde el cazarrecompensas— se me han escapado delante de las narices, no me voy a arriesgar.

Ferrer se arrodilla junto a ella. Isaura está temblando, apenas puede abrir los ojos; parece muy débil.

—Te has puesto mala —musita el boticario, preocupado.

Por tranquilizarlo, ella procura sonreír.

—No es nada. Será el cansancio. O el miedo.

Ferrer se incorpora para encarar a su viejo compañero de armas.

—Esto es intolerable. No reconozco la potestad de esa carta. En Madrid no hay esclavos.

—En Cuba sí.

—¡No estamos en Cuba!

San Román le sostiene la mirada, entre divertido y alerta. Sabe cómo se las gastaba aquí el amigo años atrás, cuando combatían juntos para que Isabel II aposentara las ancas en el trono.

El mercenario rodea a Ferrer y se acerca hasta la mujer negra,

—¿Dónde está, Teófila? Dime dónde está.

Ferrer no comprende a qué se refiere, pero ante el silencio de la mujer, el cazarrecompensas insiste.

—¿Me lo vas a poner difícil?

—¿Dónde está qué? —Interviene Ferrer.

Pero San Román hace oídos sordos.

—No puedo irme sin *ella*, o sea que tú sabrás.

—¡San Román!, ¡qué es lo que buscas!

San Román le encañona con los ojos. Recuerda a un viejo lince a punto de saltar sobre una cabra.

—No lo entenderías. Cuba no es España. Allí ocurren cosas que aquí serían inimaginables.

—¿Qué cosas?

—¡Cosas, me cago en el infierno!

Isaura se adelanta en un murmullo.

—Levanté el alma de mi amo.

Un nubarrón cruza el cielo plomizo y todo se oscurece aún más.

—De qué habla —pregunta Ferrer.

El mercenario agarra una botella que hay sobre la mesa camilla y se sienta. Muerde el corcho, tira de él. Lo escupe.

—Aquí tu joyita le hizo magia negra a su amo, allá en Cuba. Le robó el alma, antes de escapar —echa un trago largo, buscando que con el vino se le baje la inquietud.

—Eso —replica Ferrer— son supercherías.

—Serán, pero el caso es que el amo, mi patrón, lo cree a pie juntillas. Quiere recuperar su alma. Me insistió en que la encontrara, que no volviera sin ella.

Señala a Isaura con la botella.

—Y por el diablo, que me vas a decir dónde la escondiste.

Ferrer ha escuchado de estas cosas: los esclavos capturados en el África Occidental han traído a las islas sus antiquísimas creencias espirituales; creencias denominadas *vudú*, o *vodún*. Creen que cuando el alma de un difunto abandona el cuerpo puede alojarse en piedras, árboles, recipientes de calabaza o de cuerno, y también que ciertos hombres y mujeres poseen el poder de

arrebatarle el alma a su dueño en vida.

A Sinesio no le sorprende: también en España la superchería está a la orden del día. Da igual el lugar del planeta, las gentes analfabetas y crédulas prefieren aferrarse a una mentira sencilla que una verdad compleja.

—Bien —dice Ferrer arrodillándose junto a ella—. Sea lo que sea que le robaras a ese desgraciado, dáselo.

Isaura se revuelve, enfurruñada.

—No puedo.

—No seas niña —replica el boticario.

—No puedo, he dicho.

—¿Por qué no? ¿Te vas a empeñar en complicarlo todo solo porque...?

—¡No puedo porque se la entregué a otra persona!

San Román, pálido, adelanta un paso y saca el cuchillo que ocultaba en los riñones. Ferrer tiene que interponerse. —Quieto. ¡Quieto!

—Negra malparida, te voy a cortar en cachos hasta que hables.

—¡San Román, quieto! Déjame a mí.

Por fin parece apaciguarse la fiera. Se retira un tanto. Apoyado en la pared y mirándoles con los párpados enrojecidos, vuelve a echarse otro trago largo mientras Ferrer se sienta en la cama, junto a Isaura.

—Di. Quién se supone que tiene ese *alma* que robaste.

—La mujer que me enseñó a hacerlo. La conocí allá, en Cuba, después de escapar; ella estaba de vacaciones. Me dio comida y un techo bajo el que resguardarme, y me dijo cómo tenía que hacer para quedarme con el alma de aquel hijo de su madre.

—Mientes, rediós —San Román se abalanza sobre ella, dispuesto a ponerle el cuchillo en el gaznate, pero Ferrer vuelve a interponerse; forcejean.

—¡Guarda eso! ¡Guarda eso, ¿quieres?! ¡Vas a hacerle daño!

Isaura trata de retirarse, pero el grillete que la encadena a la cama apenas le permite moverse. No sabe cómo hacer para eludir ese filo que está a punto de degollarla.

—¡Miente, la furcia de ella!

—¡San Román, quieto!

—¡No miento! —grita Isaura, e insiste el cazarrecompensas:

—¡¿Qué mujer?! ¡Mientes, te digo! ¡Trae acá esa puta garganta!

—¡No miento!

—¡San Román, por favor!

—¡Se llama Avelina! —grita al fin la esclava—. ¡Avelina Avellaneda!

9

Queda el mercenario detenido; todavía le agarra Ferrer la mano con que sostiene el cuchillo.

—¿Qué has dicho?

—Se llama Avelina Avellaneda —repite Isaura llorando, estremecida.

San Román da un paso atrás. Como si el brazo fuera un látigo, se libra de la zarpa de su viejo amigo.

—¡Suelta, coño!

Jadean los tres. Isaura pliega velas detrás del boticario, que ha quedado sentado en la cama, a su lado.

San Román se pasea la lengua por el hueco que ha dejado el diente de oro; trata de pensar. A la tal Avelina la conoce, de Cuba. Y quién no; hasta a Ferrer le suena el nombre: es una escritora cubana importante y excéntrica que sale en los periódicos. Vive a caballo entre Cuba y Madrid.

—¿Ella tiene el alma?

Isaura asiente. Lloro en voz baja, escondida tras el boticario, que no quita ojo al cuchillo. Todavía tiene extendida la mano, para que San Román no se acerque.

San Román tira de botella.

—Irás tú a por ella.

—¿Qué? —replica Ferrer.

—¡No voy a moverme del condenado lado de esta zorra ni voy a ir a ningún sitio! Irás a casa de Avelina Avellaneda y me traerás la puta alma de mi patrón.

El boticario protesta:

—¿Cómo demonio se supone que voy a encontrar un alma? ¡No puedes estar hablando en serio!, ¿te crees tú, eso de *un alma robada*?

—Condenado, a mí no me pagan por creer. Me pagan por llevar de vuelta a esa negra y el alma que robó. No tengo ni idea de cómo harás para recuperarla o qué pinta tiene; aunque conociendo al amo de esta furcia, su alma parecerá una bosta de caballo. Eso sí, por Dios vivo que si no quieres que le rebane el cuello a ella, me traerás la jodida alma.

10

Solo después de insistir mucho se ha apiado San Román para darles un par de minutos en que puedan hablar; obligan los años que pasaron en la batalla.

Mientras el mercenario fuma bajo el dintel de la puerta uno de sus enormes puros cubanos, allá en la cama, Ferrer e Isaura hablan en susurros; él colocándole una manta por encima, ella engrilletada, temblando de frío.

—Mira en qué líos me metes. —Todavía tiene ánimo Ferrer para bromear, pero apenas consiguen esbozar una sonrisa ninguno de los dos.

El boticario, lleno de preocupación, le administra quinina para la fiebre: Isaura tiritita sin poder contenerse. Está subiéndole mucho la temperatura.

—Sinesio —musita, muy débil—, ten cuidado. Para Avelina este no es un divertimento: es lo que llamamos una «custodia»; guarda las almas de hombres malvados. No te devolverá el alma de mi antiguo amo así como así.

—Ah, perfecto; solo faltaba que me pusiera facilidades.

Isaura sonrío, al menos; esto reconforta al boticario, que tiene el corazón hecho pedazos de verla atada, enferma. Solo de pensar que va a dejarla sola en manos de Baldomero San Román le entran náuseas.

—No tenía que haber venido —dice ella—. Ahora me pesa.

—Que no te pese: haberte visto, este rato que hemos tenido juntos, me ha alegrado el corazón para mil vidas; y para mí no hay mayor regalo que poder ayudarte. Ya verás cómo sale todo bien.

Le traeré a este infeliz lo que sea que está custodiando Avelina.

Acaricia su rostro, como ella acarició antes el suyo, y por un momento se entrega la esclava Isaura a este deleite, con los ojos cerrados.

—Hasta que te conocí, Sinesio, no sabía lo que era. Que un hombre te toque con ternura o te haga el amor; no sabía qué podía sentir una.

Con las manos sujetas por los grilletes toma las suyas y se las lleva a la boca; aspira su aroma, las besa como a un objeto precioso.

—Solo conocía las manos de mi amo en Cuba, que me forzaba y hacía conmigo lo que quería. Pero hasta que no conocí tus manos no supe lo que era una caricia.

Ferrer besa su frente. Al contacto de su piel, le parece por un momento que todo sea un mal sueño. Pero al retirarse para contemplar su rostro encuentra anegados los ojos de Isaura, en miedo y en fiebre.

—Tengo mucho miedo, Sinesio. No quiero volver.

—Tú no te preocupes, lo que necesitamos es una carta de libertad, ¿sabes?

—¿Ayudará si cuentas cómo me secuestraron en Cuba?

—No lo creo, amor mío. Ya eras esclava cuando te cogieron allí los hombres de la señora Wang.

Tantas veces le ha contado ella esta historia que Sinesio cree haberla vivido en primera persona. La huida de la hacienda en el interior de la isla, el viaje hasta La Habana, escondida entre los fardos de un carromato. El encuentro con algunas buenas personas que le dieron cobijo, y la promesa de una vida feliz quizás, que Isaura vivió y revivió durante algunos esperanzados días. Fue allí donde la engañaron cuando pensaba embarcarse para huir hacia donde fuese, y aquellos hombres chinos la encerraron en una bodega. De sobra sabían que semejante pescadito le sería muy valioso a su ama, la vieja *madame* Wang. Solo una cosa buena extrajo Isaura de la pesadilla que siguió: fue porque la condujeron a España que conoció a Sinesio Ferrer.

—Conseguiré una carta de libertad para ti, Isaura, aunque tenga que pedírsela a la reina en persona.

—Dios te oiga, mi querido —dice ella aferrándose a su cuerpo—. Dios te oiga y nos ampare.

—No volverás. Te lo prometo. Voy a arreglar esto. No pienso dejar que te lleve.

Se le hace insoportable esta despedida y, después de darle un furtivo beso en los labios, Ferrer se pone en pie, decidido, y va hacia la puerta, donde aguarda San Román.

—No te la llevas mientras estoy fuera, ese es el trato. ¿Estamos de acuerdo o no?

—Estamos de acuerdo —replica el cazarrecompensas encogiéndose de hombros—; no me voy a ir sin esa *cosa*.

—Si te traigo el alma de tu patrón dejarás a Isaura aquí conmigo. Conseguiré una carta de libertad. Y si no la consigo, por recuperarla pagaré por ella el doble de lo que te haya pagado él.

El cazarrecompensas San Román se queda mirándolo unos instantes. Apenas queda nada en este hombre del muchacho que conoció.

—Carajo —dice—, es verdad que estás enamorado.

Luego, aparta la cara.

—Tráeme la jodida alma y hablaremos.

Isaura ya no puede ver cómo parte su amado y sale de la habitación muy resuelto. Ya no puede ver cómo San Román aspira una calada larga contemplándola. La esclava Isaura arde en fiebre y se desmaya.

Capítulo 2

1

La casa de Astrarena, en donde vive la autora de teatro Avelina Avellaneda, conocida como la Cubana, no queda lejos de Desengaño. Apenas un paseo subiendo Jacometrezo. Sinesio Ferrer atraviesa la calle, larga y estrecha, rodeada de edificios antiguos que pronto serán demolidos para levantar la que llamarán Gran Vía. Llueve sobre el boticario, las aceras se encuentran desiertas. Mientras camina a paso rápido y va calándose entero, el boticario mira al suelo mojado, evitando los riachuelos de barro, rumiando cómo hará para salir de esta.

La Avellaneda no se encuentra en casa, por desgracia. Ferrer se ve obligado a bajar de nuevo a la calle y esperar en el zaguán.

También él tiritita de frío ahora, está empapado. Desde su rincón contempla cómo, en la esquina de Fuencarral, varios policías desalojan un portal donde se guarecen varios mendigos. Los conducen hasta un carromato que espera en la calle, y allí los van subiendo a todos como ganado.

No es la primera vez que Ferrer ve algo así. Se trata sin duda de una medida contra esta epidemia que asola Madrid; la Junta de Sanidad de Madrid ya lo hizo en el 34, cuando el cólera. En los barrios ricos apenas murió nadie, pero en los barrios pobres, sin embargo, donde en un solo cuarto se hacían hasta veinte personas, cayeron como moscas. Cuando el cólera del 34, a todo aquel que no tuviera trabajo y llevara menos de diez años de residencia en la capital se le recluyó en casas de beneficencia o se le metió en un carromato y lo expulsaron de una patada con un pasaporte, una peseta y dos panes.

Acude al boticario una desazón del pasado; si el espanto del 34 está volviendo, Dios no lo quiera, el castigo que habrá de sufrir la ciudad será espantoso.

Ferrer se obliga a caminar en las cercanías del portal, de puro frío. Arrecia la lluvia.

Le arde la cabeza, buscando una posible solución para el caso de su amada Isaura. Esa carta de captura que enarbola San Román le complica mucho las cosas, no puede luchar contra eso. Si él consiguiera, sin embargo, que *alguien*... No hablaba en broma cuando dijo que pensaba acudir hasta la propia reina Isabel: ¿quién mejor que ella para firmar una carta de libertad que rescinda la orden?

Cruza la mirada de lado a lado, por si ver si distingue entre la lluvia la figura de una mujer que se acerque. Ruega por que la Avellaneda no tarde mucho en volver.

Ferrer recuerda un detalle que Isaura le ha contado muchas veces, a lo largo de esas conversaciones que mantenían después de hacer el amor: en el barco que la transportaba a España desde Cuba le revelaron otras muchachas secuestradas que, en su caso, habían sido engañadas por un alto cargo de la Iglesia. Quién, pues, se pregunta Ferrer, pudo estar detrás de esa operación para sacar mujeres de la isla y convertirlas en esclavas de burdel aquí en España.

Avelina no vuelve y a él le hierva la sangre bajo la piel empapada. Decide acercarse a cierta iglesia de la calle San Bernardo, a preguntarle sobre esta cuestión a una de las pocas personas que pueden conocer la respuesta.

Pocas cosas escapan a sus lentes con cristal amarillo —en realidad no tienen graduación, las usa para tapar una cicatriz que le cruza un ojo—. Calonge lo ve venir.

—Le he traído unos dulces —dice Ferrer acercándose bajo la lluvia. Protege con el brazo una bandejita envuelta en papel de pastelería.

—Ah, pero qué detalle. Muy agradecido, señor boticario.

A pesar de que viene echando humo, Ferrer sonrío: sabe dos cosas. La primera es que conviene ser más respetuoso con Calonge que con muchos obispos; la segunda, que el mendigo tiene debilidad por el dulce.

—Aunque me da a mí en la nariz —espeta el mendigo— que los dulces estos no son un detalle desinteresado. ¿A que no?

Sonríe Ferrer de esa forma tan suya, como si siempre escondiera un doble propósito.

—Busco cierta... información —dice al fin.

Calonge hace un gesto para que le siga.

Da un rodeo a la iglesia, arrastrando sobre el barro los pies envueltos en alpargatas oscuras. Ferrer va tras él, a cierta distancia.

La iglesia de nuestra señora de Montserrat, en la calle San Bernardo, tiene una sola torre, airosa y con un capitel acebollado de mucha fantasía que fue ejecutado nada menos que por el maestro Ribera. Esta torre espera eternamente a su compañera simétrica, que nunca llegará a existir, lo que le da a la fachada un aire de tuerta o de coja, como alguno de los mendigos que suelen aposentarse a sus puertas.

Calonge es el mendigo de esta elegante iglesia de Montserrat. A la salida de misa pide obsequiosamente la voluntad. Bajo su harapienta apariencia, muy pocos de fuera del gremio saben que Calonge es toda una institución, cuenta con más cofrades que muchas órdenes religiosas. Es lo que llaman un «Hermano Mayor»: organiza a los mendigos que piden en Madrid; quién va a ir a cada hospicio, a cada parque e iglesia, según cuántos reales se recaudan en cada hora; distribuye a sus acólitos en bodas, bautizos o entierros. Es él quien hace el reparto de taras y desgracias; «Tú serás cojo, tú jorobado, a ti te toca ser ciego».

En lo suyo es el mejor. «Hay que ser más natural —dice a sus pupilos—, tú mira cómo lo hago yo, chico: “¡Señoora!, ¡Dios bendiga a sus hiiiijos, señoora, que nunca se veean como yo!” ¿Sí o no? Hay que mostrarse dramático, pero contenido». Su secreto profesional: una narrativa adecuada y no caer en la repetición. Ambas cosas resultan fundamentales para hacer sentir culpables a los píos estómagos satisfechos. «Daos cuenta —añade siempre Calonge—, que el público sale pensando en sus cosillas; hay que sorprenderle. Ver siempre lo mismo, cansa; dadles algo que no se esperen. Un día estás acostado en el suelo, otro te deshaces la ropa a mordiscos. Tenemos que ofrecer cada día algo nuevo. El arte de la mendicidad es solo uno: ¡emoción!». Y a los mendigos recién llegados, que buscan aprender del maestro, les hacen los ojos chiribitas.

Calonge tiene, pues, oídos en cada iglesia, en cada convento y asilo de la ciudad. Información; ese es su oculto negocio. Lo sabe todo de todos, conoce el destino de cada cura y cada monja, cada chismorreo. Calonge es dueño de todos los secretos eclesiales.

—Riquísimos —dice el indigente metiéndose medio bartolillo en la boca. Es un hombre de gustos exquisitos, solo cata los de la hostería de Botín.

En el lateral de la iglesia, resguardados de la lluvia bajo un saliente de piedra, Ferrer y Calonge pueden conversar con discreción.

—Para lo que quiero preguntarle, amigo Calonge, igual le hará falta tirar de memoria.

—Ya lo sabe usted, Ferrer; la memoria la tengo muy buena. El buen Dios me dio ese don; y no lo desaprovecho, no.

—Hace unos meses llegó a Cádiz un barco que provenía de Cuba. Traía chicas. Una de ellas era negra.

Calonge asiente, su memoria implacable recuerda el asunto.

—Sí, acabaron donde la china.

—En el fumadero de *madame* Wang, eso es, señor Calonge. En ese barco se rumoreaba que esta operación la financiaba *alguien* de la iglesia. Algo se llevaría ese misterioso socio de la vieja arpía, estaban conchabados.

Calonge se ríe. Replica burlón:

—¿Alguien de la Iglesia? No puede ser. —Y se mete otro bartolillo en la boca. Tiene que desmenuzarlo con las encías, le faltan casi todos los dientes—. Muy desalmado tendría que ser *alguien de la Iglesia* para andar en negocios con algo tan feo, ¿no le parece, señor boticario?

El mendigo advierte la inquietud en ese brillo que Ferrer tiene en los ojos.

—Esto es muy importante para mí, señor Calonge. Me sería muy útil saber quién organizó esa expedición.

Calonge se baja las gafitas amarillas; asoma en los párpados un resquicio de la cicatriz.

—¿Para extorsionarle?

—Si hiciera falta —responde Ferrer muy digno—, sí. ¿Sabe usted algo de este asunto?, diga, por favor.

El mendigo acude a por otro bartolillo mientras, como quien no quiere la cosa, contempla la lluvia y dice:

—Sé algo, sí. Pero para cazar ese pájaro, boticario, necesita usted apuntar bastante alto. En esa cueva no entra uno armado solo de unos pobres bartolillos.

—Puedo pagar su información —responde Ferrer, resuelto.

Calonge le mira, masticando. Ha intuido ya que para Ferrer se trata de un asunto personal, es evidente: seguro que es cosa de faldas. El boticario le cae bien; es de esas pocas personas que cuando pasan por la puerta de la iglesia le miran. Le miran y le saludan. «Buenos días, señor Calonge». «Buenos días, señor boticario». El mundo está ciego para los desfavorecidos, no tiene ojos para ellos. Y Ferrer también es generoso cuando uno de los muchachos de Calonge se pone malo con disentería; nunca les cobra cuando acuden a su botica, necesitados de medicina.

Le mira, masticando y sonriendo; y aguarda Sinesio Ferrer a que trague el dichoso bartolillo. Transcurridos esos instantes, dice el mendigo:

—Por esta vez, y sin que sirva de precedente, invita la casa: el hombre al que busca usted, Ferrer, viste manto púrpura.

—No puede ser. ¿Un cardenal?

Calonge se mete en la boca otro bocado de crema, muy ufano.

—Yo no he dicho nada.

—Necesito un nombre, amigo Calonge. Deme un nombre.

—¿Para qué, señor boticario? —responde el mendigo arrugando la bandeja vacía—. ¿Cuántos

cardenales conoce usted que estén de visita en Madrid?

4

A la cocinera la tiene frita el reverendísimo señor purpurado. Pese a que su excelencia ha cenado ya, y tan abundantemente como es costumbre, cada hora más o menos y comido por la ansiedad, Malibrán ha venido pidiendo que le suban a sus habitaciones un caldito con tropezones, un ponche de yema, unos roscos. Finalmente, colmo de los colmos, ha bajado en persona a la cocina. A esta hora todo está tranquilo, pinches y doncellas se han retirado, y ella aprovecha para adobar las criadillas de carnero que servirá mañana. Es su hora de relajación, de ponerse creativa con las guarniciones. Contempla pálida cómo invade su territorio el orondo cardenal y se pasea levantando tapas.

—¿No cree que vendría bien un golpe de azafrán aquí? —Su excelencia hunde una cucharadita en la salmuera, frunciendo los labios—. *Abusus non tollit usum*. Sea generosa, mujer, por una puntita más no se va a arruinar el arzobispado.

Y mal habría acabado todo para la cocinera, que no es de callarse la boca, de no ser porque en la puerta hace aparición el secretario del cardenal, escoltando a un caballero.

—Eminencia, el boticario Ferrer necesita hablar con usted. Parece que es cosa de cierta urgencia.

Desconoce la cocinera quién es Ferrer, tampoco imagina por qué no ha tenido mucho problema el boticario en llegar hasta el cardenal: su opio es tan excelente que provee a medio Madrid y en la sede episcopal no faltan adoradores de la vieja diosa adormidera. Lo que sí le llama mucho la atención a la doméstica es que aquel caballero no dedica un segundo a los elaborados saludos que suelen prodigarse a sus reverencias, y, por no hacer, ni siquiera le ha besado el anillo.

—Necesito hablarle —dice acercándose en dos zancadas—. De Cuba.

Para interno regocijo de la cocinera, el cardenal muda la cara. Un instinto avisa a la mujer de que allí se está preparando un buen cocido.

Con la manita regordeta el cardenal toma del brazo al boticario y le aleja hacia uno de los arcos que rodean la cocina. De las palabras que siguen, la cocinera y el secretario apenas pueden distinguir los susurros entre dientes, las miradas que, entre la furia y la sorpresa, se cruzan los dos hombres.

«Cabrón», dice el boticario... «Vil comercio con Cuba»... «¡Esas pobres mujeres!»... La cocinera observa asombrada cómo la piel del cardenal se torna del color de un mal pescado; y hasta boquea como uno. Malibrán mira nervioso en derredor, está sudando a chorros.

—Amigo Ferrer, no tengo ni la más remota idea de...

El caballero parece exigirle algo a su eminentísima reverencia. La cocinera apura el oído por ver si puede alcanzar alguna frase, pero solo le llegan susurros. ¿Una «carta de libertad» ha dicho?

—Señor —escucha la cocinera que dice el cardenal, muy alarmado—. Según los últimos descubrimientos científicos la raza de esa mujer está unos escalones por debajo de la humana. Valdría para ciertos desahogos *quasi per accidens*, pero ni siquiera estoy seguro de que sea *fornicatio*, quizá lo podríamos englobar en *concubitus cum individuo alterius speciei*.

A los asombrados oídos de la cocinera llegan las voces atropelladas de Ferrer; escupe

gusarapos espantosos por la boca; pero no es lo peor el tono: lo terrible son las barbaridades que está contando. Siente la cocinera que aquello no es algo que a ella le esté permitido oír, y si por una parte teme las consecuencias, a la vez escucha fascinada: no todos los días tiene una el placer de ver a tan poderoso personaje aporreado. Cada palabra de Ferrer es un bastonazo y el cardenal las recibe con la expresión sorprendida de un cochinito.

El chorro incluye toda la información que a Ferrer le explicara el mendigo Calonge: los papeles que, desde origen y en connivencia con hacendados de la isla, se les falsificaron a aquel grupo de cubanas. «¡Fueron traídas con falsas promesas!», dice Ferrer. Acabaron siendo vendidas como material exótico al prostíbulo de *madame* Wang.

Aquí el secretario de su ilustrísima agarra a la cocinera y pretende llevársela fuera, pero a la mujer, dueña y señora de estos dominios, le basta una mirada para convencerle de que ni se le ocurra.

El papel de Malibrán fue financiar el negocio, esta es la conclusión que saca la doméstica; y buenos beneficios le produjo. A ella no le extraña; de alguna manera habrá que pagar esos banquetes en Lhardy, el tren de vida, excesivo hasta para un cardenal.

Malibrán hace lo imposible por que Ferrer baje la voz; insiste en que no puede ayudarle, en que nada sabe de todo ese asunto; y como quiera que Ferrer insiste, el cardenal se solivianta, se indigna al verse acusado, le exige que se marche.

—¡Que me deje usted en paz, coño!

A la cocinera, de Ferrer le llegan entonces pocas palabras, en medio del susurro. Y tan pocas, bastan para helarle la sangre.

«¡Usted probó el “material” importado!».

Es el cardenal quien se marcha, abandona la cocina para escapar de las voces con que le persigue Ferrer. «¡Ayúdeme!», le dice desesperado. «¡Ayúdeme o lo contaré todo!». Pero el cardenal Malibrán escapa ya por la puerta, sudoroso y agitado. Por la mañana, lo primero que tiene pensado hacer es despedir a la cocinera.

5

Isaura entreabre los ojos, febril. Trata de moverse, pero siente un tirón en la muñeca. Todavía está acostada en la cama, atada a los barrotes por los grilletes del cazarrecompensas.

Le duele todo el cuerpo, tiene la boca seca. Se encuentra peor, la fiebre sigue subiendo.

Descubre a San Román sentado a poco más de un metro; está anotando unas cuentas en una cuartilla, y separando unas monedas que saca de una bolsa.

—Hay que llevar muy bien la contabilidad —dice el mercenario sin mirarla—. Te puedes tirar meses sin ver un real.

Isaura se deja caer en la cama, exhausta. Sonríe con amargura.

Transcurre un silencio. Al otro lado de la ventana emboca ya la noche y llueve; asoman las ramas de un árbol. La esclava no consigue encontrar una postura que la acomode sobre la cama.

Mira al techo.

—¿Hace cuánto conoces a Ferrer?

—No sé —responde San Román atento a sus cuentas—. Veinticinco, treinta años. Éramos unos críos.

—¿Siempre lucharon juntos ustedes dos?

—Y en el mismo bando, a Dios gracias. No es bueno tener a Ferrer de enemigo.

Siente Isaura nostalgia de ese tiempo en el que ella no existió y su amado caminaba solo por el mundo.

—¿Por qué abandonó el ejército? —pregunta.

San Román se echa atrás en la silla, cavilando.

—Se acabaron las guerras, supongo. Y nos hicimos mayores. Ya no aguanta el cuerpo, tantas batallas.

—Ni el alma —añade Isaura.

—Ni el alma.

En respuesta a la pregunta de ella, el cazarrecompensas añade:

—Se cansaría de cortar gargantas, digo yo. —Y ahora es él quien revela su curiosidad—: ¿Es verdad que estuvo viviendo en un bosque, como un ermitaño?

—Eso me contó.

—No le pega —dice el mercenario, sonriendo—. Y ser boticario tampoco le pega.

—¿No? ¿Qué le pega entonces?

San Román se vuelve hacia ella. Le hace gracia la pregunta.

Arrastra la silla sin levantarse y se aproxima a la cama. Tan cerca, Isaura contempla el agujero que dejó el diente de oro, tras la pedrada en el tendido de sábanas.

El cazarrecompensas le habla pausada y fríamente.

—En Bilbao estuvimos a punto de morir. A puntito. Nos habíamos separado del regimiento e íbamos huyendo como alma que lleva el diablo. Una muchedumbre nos cortó el paso en una plaza. Mujeres y niños casi todo, armados con palos, nos cerraban el paso para impedir que escapáramos de los soldados carlistas que nos perseguían. Yo me daba ya por muerto, eso te lo puedo jurar por la Virgen santísima. Pero ¿crees que a tu boticario le tembló la mano? Agarró el sable y se puso a dar tajos para abrirse paso. Todavía recuerdo aquellos gritos. Toda aquella gente... los niños... No llegaron ni a moverse, mientras él se llevaba por delante sus brazos, sus cuellos, sus manos...

Isaura levanta la cara; tiene fuego en los ojos.

—No te creo.

La mirada de San Román se ha perdido en la pared encalada. Se halla ahora muchos años atrás, siguiendo a su compañero mientras este se abre camino en aquella plaza.

—No sé cuántos tajos dio el condenado de él hasta que consiguió pasar, pero te puedo decir una cosa: cuando conseguimos salir de la plaza, Ferrer estaba hasta arriba de sangre. El pelo, la ropa, la cara. Parecía que se hubiera metido en la tinaja donde se guardan los despojos del cerdo después de una matanza. Tenía sangre hasta detrás de las orejas.

Isaura traga saliva.

San Román se pone en pie, agarra la silla y la trae hasta la mesa.

—¿Por qué dejó Ferrer el ejército? Le daría miedo mirarse al espejo, digo yo. Es difícil reconocerse a uno mismo después de pasar por una guerra.

Cena muy tarde —como todos los reyes—, y también se acuesta a deshora.

«Qué silencio», piensa ante el leve sonido del tenedor y del cuchillo contra el plato; el del vino cayendo en la copa de cristal. Pitan los oídos, de tanto silencio. «Eso —se dice Isabel II—, o que algún hijo de puta está hablando otra vez de los Borbones».

Las criadas que terminan de servir la cena se retiran, rendidas después de este largo día; y el criado que se encarga del vino se recoge también. La reina Isabel advierte de nuevo, porque esto le viene pasando desde hace algunos días, lo inmensa que es la mesa y lo diminuta que resulta ella sentada sola en uno de los extremos.

—¿Está todo de su agrado, majestad? —pregunta Julián, el primer mayordomo.

—Sí sí, todo está bien—contesta Isabel sin levantar la vista del plato—. Oye, ¿tú has visto a mi marido?

El mayordomo carraspea.

—Su majestad... salió a cenar.

—A cenar —replica ella, fastidiada—. Ya.

No es que Isabel requiera de la compañía del rey consorte, pasan meses sin hablarse; pero necesita advertirle de ciertos rumores que corren por palacio y que han llegado a los reales oídos. Paquita —así es como llaman a su majestad Francisco de Asís— necesita ser un poco más discreto en sus divertimentos: una criada sorprendió al rey consorte probándose los pendientes de la reina.

—Si su majestad no dispone nada más...

—Espera —dice Isabel—. Quédate, habla un rato conmigo, este palacio es un muerto.

El primer mayordomo mira en derredor como si le estuvieran gastando una broma. Se despega el cuello de la camisa y está a punto de balbucear algo cuando la reina pregunta:

—¿Cuánto llevas en el servicio de Palacio?

—Cinco años, majestad.

—Y apenas sé nada de ti. Quédate y hablemos.

El primer mayordomo no sabe adónde mirar.

—¿Me-me siento?

—No te pases. —Fuerza una sonrisa tratando de ser amable—. Dime; cuéntame algo interesante.

El primer mayordomo se aclara otra vez la garganta. Tose incluso. Busca y rebusca dentro de su cabeza cosas interesantes que contar; y cree saber muchas, pues se considera un hombre de mundo —hace dos años estuvo en Valladolid y hace ocho en Fuenterrabía.

—El caso, majestad, es que ahora, interesante lo que se dice interesante no me sale nada.

—Por Dios —dice ella. A ver si ayuda—: A ver... ¿tienes familia?

—Sí, majestad —contesta el mayordomo; esa se la sabe—; mujer y tres hijos.

—¿Vives bien en Palacio?

—D-de-e maravilla.

—¿Qué vivís, en el ala este?

—Sur —carraspea—. Majestad.

Maldita la hora en que le ha pedido nada. Isabel empieza a cansarse de buscar un tema de conversación, aquel hombre le parece tan idiota como el resto de la servidumbre. Ni se le pasa por la cabeza que su primer mayordomo está, simple y llanamente, muerto de miedo.

—Y a ver. Los niños, ¿son mayores?

—Los dos primeros sí. Uno soldado, el otro cura. Y el tercero, nos gustaría que cuando

cumpliera los doce entrara a servir en Palacio. Majestad.

A Isabel le llama la atención aquello. Al hombre se le han encendido dos lucecitas en los ojos cuando ha hablado de su hijo pequeño.

—¿Los ves mucho?

—Menos de lo que me gustaría. Pero siempre los... —y se detiene enseguida, como si hubiera estado a punto de decir una inconveniencia.

Ella, que es más lista que el hambre, se encabrona un poco al darse cuenta.

—Qué, sigue.

—Siempre... los veo a la... hora de la cena.

Y se siente Isabel II más sola que nunca en su mesa vacía de doce metros, con sus cuatrocientos sirvientes, en su frío palacio real. No le pasa la comida, tiene de pronto unas inmensas ganas de llorar. Necesita un abrazo. Echa de menos a sus amantes, pero cae en la cuenta de que ninguno sabría abrazarla —ningún hombre sabe en verdad consolar a una reina—. Quizás su madre. No, se corrige Isabel enseguida: tampoco a ella le saldría lo del abrazo, diría que eso es cosa de plebeyos. Añora Isabel II todo lo que nunca tuvo, los hombres que nunca la amaron, la familia cariñosa que nunca disfrutó, los amigos que nunca llegó a hacer.

«Qué silencio. No hay nadie aquí, no hay nadie en el resto del mundo. Estoy sola en el universo».

Cuando le entran estos «ataques de sensibilidad», el médico la manda para Aranjuez. «Paseos largos y que le dé el aire, majestad, tiene usted demasiadas cosas en la cabeza; no puede cargar sobre sus espaldas los problemas de todos los españoles». Isabel suspira. «Que me dé el aire; eso dicen los cabrones de los médicos, en vez de recetarme un simple abrazo».

Después, por levantarse el ánimo se reprocha enseguida: «Ah, pero qué tonterías, los abrazos; los amores y los besitos, las caricias...» Zarandajas. Nunca un rey necesitó del amor para ser feliz. Ella tampoco lo necesita. ¿Quién quiere amigos cuando anda una escribiendo de su puño y letra en el libro de la Historia?

Baja la mirada, llena de majestad, dignísima, y aparentando una calma que no tiene, se limpia la boca. «Mira, al menos de eso me siento orgullosa. El lacayo no ha podido advertir esta cosa horrible que ahora me oprime el pecho. Qué ganas de llorar. Qué ganas de apechugarme contra algo. Bien, si una cosa saben hacer los reyes es disimular».

Se corrige a sí misma: disimular y mentir.

—No tengo más hambre. Retírate. Que preparen el carruaje, quiero llegar un poquito antes al baile del Villahermosa.

Como si le hubieran cortado la correa, el primer mayordomo huye. En la puerta se cruza con el capitán de la Guardia, que entra y se cuadra.

—¿Da usted su permiso?

Soto y Mayor lleva meses manteniendo con la reina lo que las aristocráticas repipis llaman *un affaire*, por no decir que están *liados*; pero a no ser que estén en el dormitorio, el joven mantiene las distancias como si le fuera la vida en ello.

—Pasa —responde Isabel II.

Se acerca el capitán Soto y Mayor; venía con intención de comunicarle algo, pero se detiene al verle la cara de mala leche.

—Dime, ¿querías algo?

—No, majestad —responde el capitán—. Preguntarle solo... si todo va bien.

Al escuchar los pasos, Sinesio Ferrer se pone en pie. Lleva varias horas aguardando, le duelen todos los huesos del cuerpo y, si algo bueno ha tenido la espera, es que al menos ha podido secarse. Resuena el taconeo de las botas militares a lo largo de los pasillos de palacio, en los altos techos.

—¿Ha accedido? —pregunta nervioso.

Llega hasta él el capitán Soto y Mayor.

—Es un asunto delicado —aduce el capitán—, porque aquí efectivamente no existe la esclavitud, pero en Cuba... la Reina nunca se ha pronunciado al respecto, así que la esclavitud en Cuba sigue siendo legal.

—Lo entiendo, pero ya le he explicado el caso. Si fuera posible que la Reina intercediera... ¿Le ha informado usted que fui capitán contra los carlistas?

—Sí, le está muy agradecida, desde luego.

Ferrer se teme lo peor; aguarda el «pero». Y este llega en forma de incómodo silencio, que, al poco, el capitán rompe con una palabra:

—Acompañeme.

Caminan juntos pasillo afuera.

—¿No sería posible —insiste Ferrer— que tuviera una entrevista con ella?

—¿Con su Majestad?!

—Hablamos de que está en juego la vida de una persona. Es una cosa de mucha gravedad. Si ella pudiera firmarme una carta de libertad...

—Amigo mío, aún en el hipotético caso de que la reina perdiera el tiempo...

—¿Perdiera el tiempo?

—*Empleara* —matiza el capitán— el tiempo en firmarle a usted nada, primero tendría que solicitar audiencia. Uno no toca en la puerta de palacio y pregunta por Isabel II. Acuda usted a las instancias reglamentarias, solicite...

—Yo le hablo de necesidad y usted me habla de burocracia.

El capitán se encoge de hombros.

—La burocracia es necesaria. De otro modo es imposible; la Reina no recibe a particulares. Y aunque así, fuera, sinceramente... este asunto... —No sabe cómo decir lo que al fin dice—: De momento no puede ser. Quizás en unas semanas... Unos meses..., le pueda volver a hablar de ello.

—Capitán, creí habérselo explicado con claridad: no puedo esperar unos meses: ¡la vida de una mujer está en juego!

—Estamos hablando de molestar a la Reina, querido amigo. Va usted a tener que tener paciencia sí o sí.

Ferrer se detiene en medio del pasillo.

—Luché contra los carlistas a favor de la reina. Estuve a punto de dar mi vida *por la reina* varias veces... ¿y ahora *la reina* no tiene tiempo para recibirme?, ¿la molesto?

Soto y Mayor ha dicho todo lo que tenía que decir; hace rato, además. Se limita a contemplar impávido a Ferrer.

El boticario rebufa por no soltarle un puñetazo, da la vuelta y echa a caminar pasillo afuera, hacia la misma puerta de palacio por la que entró hace unas horas.

Ha dejado de llover, pero este detalle pasa inadvertido al caballero que ahora, renegando, sube de nuevo por Jacometrezo y se detiene ante la casa de Astrarena. Viene ensimismado, con la mente puesta todavía en lo inútil de sus muchos pasos, en la conversación con el malnacido del cardenal, en la helada ingratitud de la reina.

Sinesio Ferrer siente unas ganas infinitas de derrumbarse. Lleva horas ya fuera de casa y teme por Isaura. «Dios nos ampare», dijo ella mientras la abrazaba, temblando de fiebre. Poca confianza tiene el boticario en que Dios esté perdiendo su valioso tiempo en observar a la esclava negra.

Avelina Avellaneda no ha llegado todavía.

Baja Ferrer las escaleras de la casa de Astrarena, abatido.

No, ya puede ocuparse él de resolver este espanto; no va a acudir ningún *Deus ex machina* a solucionarle nada. «Reza —dice un proverbio ruso—, pero sigue remando hacia la orilla». Si acaso existe, es un hecho que el distraído Altísimo no está mirando.

Sale a la calle. Han desaparecido los mendigos y el carro al que los conducían. No hay un alma, está todo desierto.

Hace mucho que Ferrer dejó de creer en Dios; seguramente desde el primer día que entró en batalla. Son los primeros en caer siempre, los inocentes, los buenos de corazón, quienes reciben la primera descarga, mientras los astutos, los malvados y los cínicos se esconden en la retaguardia. Sinesio Ferrer se hartó de ver en el frente cómo los marrulleros se aprovechaban de las buenas personas, y que ningún rayo divino venía a caer sobre los impíos, mientras que las balas parecían acudir solas a los corazones puros, como si estos llamaran a aquellas.

Comienza de nuevo a llover, con fuerza.

Sinesio Ferrer observa cómo, a la carrera, llegan varios caballeros a refugiarse a un café que hace esquina con Hortaleza, allá donde un día se levantará imponente el edificio de Telefónica. Van tocados con sombreros altos y elegantes gabanes, cosas de la vida, a pocos metros de donde unos zarrapastrosos eran metidos a la fuerza en un carro de ganado.

Pero es uno de ellos el que llama su atención; se trata de un alto dignatario de la vida política española. Y Ferrer lo conoce, de hace años; precisamente de aquella época que acaba de evocar ahora, donde los listos sobrevivían a los buenos.

Sinesio Ferrer cruza la calle hacia el café, sin mirar, a toda prisa. Un solitario landó está a punto de atropellarlo.

El café está hasta los topes. Dentro se resguardan de la lluvia los viandantes, mientras que muchos despreocupados se toman su chocolate, su vinito; está fresca la noche y apetece algo caliente, unos buñuelos, unas torrijas.

Esquivando sillas, Ferrer pasa entre la animada tertulia que se desarrolla aquí, cerca de la puerta: Hartzenbusch, el dramaturgo, amenaza con arrojarle un vaso de vino a Ángel de Saavedra, duque de Rivas, por soltarle una malicia sobre su última pieza teatral. El boticario no reconoce a

otro de los tertulianos, un tipo flaco y de frente despejada: se trata de José Zorrilla, de visita unos días en España, pues vive en Méjico. Hace poco que probó fortuna en Cuba con el tráfico de esclavos, pero es ingenuo como un niño y se le dan mal los negocios, lo suyo es amar a estas y aquellas, vivir la vida apasionadamente sin mirar el dinero. No tiene, de hecho, ni para pagarse el carajillo que ahora bebe a sorbitos, y el viaje a Madrid se lo ha costado desde Londres el relojero Losantos, que vive allí exiliado. A su lado, como no podía ser de otro modo tratándose de Zorrilla, hay una mujer, a la que Sinesio tampoco identifica: es la poetisa Carolina Coronado, niña de los ojos de los tertulianos. Es por su carácter progresista y revolucionario que sufrirá de cerca los rigores de la censura. Su amiga la reina Isabel II ha obligado al conde del Fierro a que le venda un pedazo de su finca, y allí vive la Coronado, en un palacete donde recibe a lo más granado de las mentes capitalinas y da cobijo a perseguidos. Sin ir más lejos, es por ella que acude a esta tertulia el abogado Emilio Castelar, calvo, bigotón y republicano, al que todavía restan algunos años para convertirse en presidente de la Primera República.

Ferrer se interna en el café apartando la niebla de humo: se fuma a dos carrillos. La luz untuosa de las lámparas facetadas resbala sobre las chisteras y las bandejas de plata. De cuando en cuando el brillo de una seda roja o un encaje azafranado rompe la monotonía gris, pero lo cierto es que apenas hay damas, no está bien visto que *alternen*. Al fondo, sobre una tarima, guitarrean dos flamencos; esto obliga a que todas las conversaciones se resuelvan a voces: el español es un pueblo que no sabe charlar en voz baja.

El boticario llega hasta la barra, donde el caballero al que reconoció en la puerta, alto y fornido, pide un cognac doble.

—De mariscal de campo a presidente del gobierno, menudo carrerón.

El presidente del Gobierno, Leopoldo O'Donnell, se da la vuelta. Primero no lo reconoce y luego se asombra.

—¡Carajo!, ¿el capitán Ferrer?

—A sus órdenes, señor.

—¡Pero, hombre, qué alegría!, ¡cuántos años! ¿Sigues alistado?

—No. Abandoné el ejército hace tiempo.

Leopoldo O'Donnell se vuelve hacia los caballeros que le acompañan.

—Señores: les presento al capitán Ferrer, luchamos juntos por defender a su majestad la reina. ¡Ninguno peinábamos canas todavía, claro!

Hay apretones de mano, palmadas en la espalda, es la única noticia agradable para el presidente en esta noche; «Acabo de venir del Villahermosa, allí se está formando la de Dios es Cristo». Ni se imagina la cantidad de muertos que puede haber ya.

Ojalá Sinesio hubiera prestado atención a esas noticias, pero sufre de tanta angustia que no tiene oídos para preocupaciones que no sean las suyas, y se lo lleva a un aparte.

—O'Donnell, necesito su ayuda en un caso desesperado.

—Pásate por Gobernación, hombre, y lo hablamos.

—No hay tiempo. Tengo cierta *relación* con una... esclava huida de Cuba. Un mercenario se ha presentado para prenderla, trae una carta de poder de su antiguo amo.

Como si hubiera oído un pescado, el presidente pone cara de disgusto.

—Mmmm, feo asunto, capitán. Feo.

—Le aseguro que es un caso de vida o muerte. Usted no se imagina el bien que me haría una carta de libertad.

O'Donnell refunfuña dándole vueltas a su copa de balón.

—La esclavitud en Cuba es un asunto delicado; si yo pusiera un dedo ahí, amigo mío, un dedito solo, los moderados me llevarían a la picota. Y no solo los moderados. La economía manda y la economía de nuestras colonias más. En el asunto de la *mano de obra* de Cuba tengo las manos atadas. Lo tuyo es una disquisición meramente jurídica, un *ius abutendi*. Si te han hecho una reclamación por esa *propiedad*, no se puede hacer nada.

Como advierte que Ferrer queda desolado, añade:

—Pásate por el despacho un día y...

Sabe Ferrer que, como muchos de los políticos de la época, el presidente hizo buena parte de su fortuna en La Habana; en Cuba le hicieron capitán general. Imagina la cantidad de esclavos negros que O'Donnell tenía trabajando gratis allí. Así, coño, cualquiera se enriquece.

Agacha la cara apoyado en la barra, cree venirse abajo.

—No tengo un día.

—¿Qué?

—No tengo un puto día —replica Ferrer apretando los dientes—, ni una puta hora.

10

«Le entran ganas a uno de que Dios no exista», se dice el cardenal mientras, desde el interior del carruaje, contempla cómo arrecia la lluvia. En el techo repican las gotas igual que si cientos de deditos martillearan sobre el cuero; se trata de un estruendo en toda regla.

Malibrán piensa que es así cómo debió ocurrir el diluvio universal, con una tromba interminable que terminó inundando el mundo; y mira para otro lado, como siempre que piensa en estos actos divinos, que borraron de la faz de la tierra a los pecadores. Se le ocurre que, de darle por ahí a nuestro Señor, él habría de ser uno de los que sucumbieran. Es incapaz de ocultarle a su propia conciencia los muchos actos infames que ha cometido en la vida. «Yo sería uno de los condenados». No puede uno esquivar la mirada del Altísimo, que todo lo ve. Mira Malibrán para otro lado, incómodo cuando se imagina en el mismo saco que los pecadores. «Soy débil, Señor; fuiste tú quien me hizo así. Si me hubieras hecho fuerte no habría pecado tanto».

Acierta a ver, tras la cortina de agua que cae sobre el callejón, cómo se aproximan dos sombras. Una de ellas, más alta, trae un paraguas con el que cobija a la otra.

«Si tú me hubieras hecho más fuerte no habría sucumbido al pecado de la carne con aquellas desgraciadas del barco, ofrecidas en bandeja. ¿Quién hubiera podido resistirse a algo así?, ¿a una mujer entregada a mí como un platillo delicioso, listo para ser catado?».

Las dos sombras resultan ser *madame* Wang y ese sirviente suyo que nunca se despega de sus faldas. Malibrán abre la portezuela del carruaje y no la invita a subir, tienen que departir así: ella bajo el paraguas que sostiene el sirviente y el cardenal a resguardo en el interior del coche, asomando la nariz.

—Gracias por venir. Le dieron mi recado.

—Dijeron que quería verme —responde ella.

Se trata de ser discreto: a Malibrán le disgusta haber tenido que acercarse hasta aquel callejón en donde *madame* ostenta su negocio; un abrigo largo le oculta la sotana.

—El asunto de Cuba me está complicando mucho la vida. Se ha presentado un hombre, el boticario de la calle Desengaño.

Madame Wang conoce de sobra al boticario Ferrer, es él quien le surte de opio.

—¿Presentado?

—Sabe lo de nuestro trato, *madame* —se impacienta Malibrán—. Anda detrás de una de las negras que trajo usted de Cuba. La única maldita que sobrevivió al viaje.

Wang oculta al cardenal que la chica escapó hace unos días y que nada sabe de su paradero.

—Este Ferrer —añade el cardenal—, no quiero que husmee más. Un hombre hechizado por un coño negro es un hombre peligroso: si este asunto sale a la luz ya puedo despedirme de la silla en el Vaticano. —La cara de *madame* parece entretenida en otros pensamientos; no tiene ni idea de a qué se refiere el cardenal—. Señora, ¿sabe usted de lo que estoy hablando o no, carajo?

Ni idea de lo que es el Vaticano ni la silla papal, pero *madame Wang* comprende bien que si la cosa sale a la luz no será bueno para nadie; a su fumadero acuden ministros y banqueros, también al burdel, pero este es un barro que no mancha si se esconde bajo la alfombra. Si el negocio se destapa, adiós negocio.

—¿Qué quiere usted que haga? —pregunta *madame*.

—Me la trae al paio. Solucione lo de Ferrer.

Lo lamenta la señora Wang; lo lamenta mucho. Está segura de que ningún otro boticario en Madrid podrá surtirla de tan excelente opio.

Echa una mirada a su sirviente chino, a la mandíbula puntiaguda, a las mejillas filosas. La cara del hombre, inexpresiva, tampoco reacciona a esa mirada suya que le da la orden. A partir de esta noche la vida de Sinesio Ferrer está en sus manos pálidas.

—Lo dejo en sus manos —añade Malibrán, precisamente, y cierra la portezuela del coche.

Un puñete al techo del carruaje y el cochero pone en marcha al caballo. Se aleja bajo la lluvia hasta ser engullido por la cortina del agua ante la mirada grave de *madame Wang* y los ojos vacíos de sentimiento de su sirviente chino.

—Me caía bien Ferrer —dice la señora.

Y regresan al fumadero, a saltitos bajo la lluvia.

Allí, el sirviente sacará de una gaveta su puñal chino, un arma de buena envergadura, nada menos que cuarenta centímetros, forjado en acero de gran calidad, con empuñadura labrada en hueso y guarda y pomo de bronce. Este será el cuchillo con el que degollará a Sinesio Ferrer.

11

El vómito de Isaura se esparce por el suelo, como una ola contra la orilla. San Román se tapa la nariz con un pañuelo; no imagina cómo hará para llevar a esta desgraciada a Cuba en semejante estado.

—Cristo bendito; qué hedor, condenada...

Isaura se deja caer en la cama, exhausta. Tiene la muñeca en carne viva, por culpa de los grilletes.

Jadea mirando al techo, esperando que Dios retire el tejado como la tapa de una caja de zapatos y meta una mano para recogerla y salvarla.

—¿Cuánto... cuánto te paga mi antiguo amo? —pregunta con la voz entrecortada.

—Paga bien: te odia con toda su alma.

Ríe ella una risa amarga.

—Precisamente por haberle levantado el alma, me odia.

San Román consulta la hora que exhibe un relojito desde lo alto de la cómoda. Es tarde, muy de madrugada, y Ferrer no vuelve. Ahora teme que le haya pasado algo, que no aparezca.

Se asoma por el ventanuco, pensativo, la cara tapada todavía. Allá en el patio se advierte un huertecito junto a un viejo pozo. El suelo de todo el terreno está reseco y mustio, como pintado de amarillo a la luz de la luna.

Atrás, a su espalda, comenta la negra Isaura:

—Ferrer se metió a boticario. ¿Qué tú hiciste?

—¿Yo?

—Cuando se acabaron las guerras y ustedes ya no pudieron mirarse al espejo. ¿Qué tú hiciste?

—No hice nada.

—Algo harías.

El viejo recuerdo que evoca San Román trae a su boca un regusto a tierra y a polvo.

—Me enteré de que en Perú necesitaban hombres para perseguir cimarrones.

Desde la cama replica la esclava sin incorporarse, la mirada extraviada en el techo.

—¿Qué cosa son?, cimarrones.

—Esclavos negros huidos. Están bien organizados, atrincherados en ranchos; se dedican a robar y a matar, para mantenerse.

—Te hiciste *rayadillo*. Mercenario.

San Román asiente, pensativo. Algo le ronda la cabeza desde que reencontró al viejo Ferrer.

—Yo —dice sin volverse— tenía que haber muerto en batalla, ¿sabes? Ese es el destino de un soldado. No hay *honor* si no hay muerte en batalla. Ahora... me veo condenado a pensar en la condenada vejez. Ahorrar cuatro miserables reales para cuando no pueda moverme. Esa es la única triste guerra en la que puedo luchar ahora.

Isaura ha ido sintiendo cómo se le amargaba la voz a medida que brotaban solas las palabras. Se incorpora, pendiente de esas inflexiones; de los tonos que apuntaban hacia la conmiseración, a la dignidad, a una rabia que iba y venía para dejar paso a la pena.

—Te mentí, San Román.

El cazarrecompensas se gira hacia ella, muy serio.

—El alma de mi antiguo amo —añade la esclava— está aquí.

—¿Aquí? ¿De qué hablas?

—Mira por el ventanuco. ¿Ves el pozo ciego que hay en el patio?

San Román lo estuvo contemplando hace un rato, sí; asoma la nariz de nuevo.

—Allá está el alma —dice Isaura—, guardada dentro de un cofre, un joyero chiquitico. Si quitas las tablas lo tienes que encontrar enseguida.

—Es un truco —protesta el cazarrecompensas.

—Si te lo digo es para que, a cambio, no le hagas daño cuando vuelva. Agarra ese cofre y tendrás el alma. Llévame ahora, que Ferrer todavía no ha vuelto, y déjalo en paz.

Clava la mirada el mercenario en aquel pozo, intrigado.

Observa los grilletes que la atan a la cama, la expresión febril de la mujer sudorosa, que apenas tiene fuerzas para hablar.

—Si es un truco para escaparte, negra, y sales a la calle y un solo policía te ve con esos grilletes, te van a arrestar. ¿Te das cuenta o no? Y entonces te llevarán directamente a la horca. ¿Lo entiendes?

Isaura no responde; hace tiempo que parece derrotada.

San Román se asegura de que los grilletes la tienen bien atada a la cama. Abandona la habitación, decidido.

—Quiera Dios que no me estés engañando; porque, si no, cuando vuelva te sacaré la piel a tiras.

Baja las escaleras a toda prisa, en dirección al patio.

12

Encuentra una pala abandonada junto a la puerta de acceso; la coge y atraviesa el patio embarrado; ahora no llueve. El cazarrecompensas trae con él un candil. La luz de la madrugada forma sombras inquietantes a lo largo del terrenito.

Baldomero San Román apoya el candil en el reborde del pozo e inspecciona la boca, cegada por unas maderas.

Hace palanca y empieza a levantar las maderas, que saltan una a una. *¡Crac! ¡Crac!*, resuenan los golpes como latigazos.

Cuando tiene el hueco abierto tira la pala al suelo. Se quita la chaqueta y la tira también, todo le estorba.

Se asoma hacia dentro del pozo; lo encuentra no muy profundo: allá en la penumbra del fondo advierte agua empozada, pero por ningún lado encuentra un joyero. ¿Encajado acaso en los huecos de las piedras en las paredes? Tampoco, no ve nada.

Se dispone a agacharse para recoger el candil cuando Isaura lo sorprende por detrás con un empujón formidable. Se vale de aquello a lo que está engrilletada: el cabecero de la cama, que se ha traído con ella y que ahora usa como ariete.

San Román no tiene tiempo de nada, es empujado hacia atrás, siente un fuerte golpe en los riñones, luego todo le da vueltas; su cuerpo le envía señales de dolor, aquí y allá, en la cara, en los hombros, en las piernas; y cuando quiere darse cuenta se estrella contra el fondo del pozo. *¡Plaff!*

Allí se queda.

Arriba, la esclava Isaura se derrumba junto al brocal. Arden las muñecas bajo los grilletes; está tiritando.

No pierde el tiempo: se arrastra por el barro del patio y, como el opiómano que ansía su calada, revisa desesperada la chaqueta del cazarrecompensas buscando la llave que abra las esposas. Mira en este bolsillo, en aquel otro...

Llega hasta ella una risa dolorida dentro del pozo. Es San Román quien ríe, baldado y encogido en el interior del hueco.

—Tengo la llave de los grilletes conmigo, condenada. Tengo la llave conmigo.

13

—¿Llevaba mucho esperando?

Avelina Avellaneda viste un chal de encaje negro; sostiene un pañuelo, que deposita en una

cómoda junto a la puerta. Ferrer responde desde el otro lado de la biblioteca.

—Un rato.

—No dispongo de mucho tiempo, tengo que volver a salir. Dígame en qué lo puedo servir. ¿Fuma?

La Cubana le ofrece un habano de una caja de madera labrada con fina marquetería: «Flor de Tabacos de Partagás».

—No, gracias.

Ya sabe ella que se trata de un asunto con Isaura, aquella chica tan hermosa y dispuesta a la que dio cobijo en Cuba y de quien no volvió a tener noticias; es por esto, solamente, que ha dejado entrar al caballero de madrugada.

Mientras ella se enciende el purito, Ferrer va relatando la aventura de la esclava: cómo fue capturada por los hombres de *madame* Wang y conducida a la bodega del barco que la trajo hasta España; los meses que ha pasado encerrada en los sótanos del fumadero, obligada a prostituirse. Su aventura amorosa, también; y la aparición del mercenario San Román, que ahora mismo la tiene retenida mientras ellos hablan.

Avelina asiste a este relato en silencio y asombrada, pero es lo que dice a continuación Ferrer, desenchajado, lo que la atemoriza:

—Necesito recuperar un... *Eso* que usted... tiene bajo custodia.

La puerta abierta de la biblioteca deja ver un elegante pasillo que se pierde hasta el fondo. Avelina acude hasta esta puerta y, a pesar de que vive sola y sin servicio, cierra y pasa la llave. Habladora como es ella, parece haber perdido cualquier gana de charla, y arrastra la punta de su zapato de un lado a otro en el suelo, como si dibujara una línea imaginaria que nada puede traspasar.

Ferrer insiste:

—Señora Avelina, usted perdone lo que voy a decirle: yo no me creo un carajo de todo eso, y tampoco tengo tiempo para discutir sobre si se pueden robar las almas de la gente. Me da igual si ese alma es real o no. Sé que Isaura le entregó a usted algo en Cuba y que ustedes creen que es un alma. A mí me da lo mismo: necesito llevármela conmigo.

—Si tengo ese alma en custodia —replica ella dándole la espalda— es para no entregársela al primero que aparece, señor Ferrer.

Ferrer siente que juega a algo cuyas reglas desconoce. Avelina se explica, de camino a una vitrina colmada de premios literarios y bustos griegos.

—¿Le dijo Isaura lo que usted tenía que entregarme a cambio?

—¿A cambio? No. Ni creo que ella lo supiera, tampoco.

Fuera comienza a llover de nuevo, topan las gotitas contra el cristal de los ventanales de la biblioteca. Avelina abre la vitrina y toma una llavecita que reposa junto al busto de un Niké áptera.

—¿Sabe de quién es ese alma? Dígame.

—De su antiguo amo, en Cuba.

—Yo lo conocí, allá; aquello es pequeño, todos sabemos de todos. Un hijo de mala madre. Un hombre malvado. El mundo es un sitio mejor si el alma de ese hombre está a buen recaudo, ¿entiende eso, Ferrer?

Acude a una pared. Solo entonces advierte Ferrer la pequeña cerradura, a la altura del ombligo de la Avellaneda. La Cubana introduce la llavecita y abre la puerta disimulada de lo que resulta un armario empotrado.

Ferrer se acerca despacio, como atraído: la visión le deja perplejo.

Dentro del armario las repisas exhiben grandes frascos de cristal negro que impiden ver el contenido, tapados por enormes corchos. Alrededor de cada uno se les ha atado un colgante con el cráneo de un pequeño animal.

—Trece corazones negros —dice ella—. Los trece corazones malvados de trece personas que no merecen vivir en paz.

Avelina coge el último tarro de abajo. Camina con cuidado hasta la mesita de alabastro y allí lo deposita, ante Ferrer.

—La vida se mueve en un constante equilibrio, mi amigo. Alguien muere, alguien nace. Uno asesina, otro salva una vida. ¿Quiere usted el alma podrida de este hombre? Entrégueme a cambio el alma de otro malvado.

La voz de Avelina parece llegar desde muy lejos; Ferrer no puede apartar la vista del frasco. Siente que desde hace unos segundos ha bajado la temperatura de la estancia. Le posee un deseo irrefrenable de hacer estallar el frasco contra el suelo y desparramar su contenido.

—¿Quiere explicarme —sonríe Ferrer— dónde recontrademonios encuentro yo un alma a estas horas?

Ella permanece seria, sin embargo. Coloca su mano sobre el corcho que tapa el frasco; parece protegerlo.

—Dígame. ¿Conoce a alguien cuyo corazón esté lo suficientemente corrompido para ser guardado entre estos trece?

Sinesio Ferrer alza el rostro para encararla. Suspira, agotado.

—Carajo, Avelina. ¿Quiere una puñetera alma? Entrégueme esa cosa, quédese con la mía y acabemos con esto.

14

La luna aparece de pronto entre los nubarrones, que ofrecen una tregua, y desde el fondo la contempla San Román: queda enmarcada en el círculo de la boca del pozo.

Tras la caída ha quedado sentado dentro del angosto hueco, con el agua tapándole medio palmo, hecho un ovillo. Sangra la brecha que se le ha abierto en la cabeza y duele cuando respira; seguramente tenga fracturada alguna costilla.

—Por Dios —dice bien alto para que desde arriba le escuche la esclava—; ¿este era tu plan maestro? ¿Tirarme aquí dentro? ¿Y ahora qué?

También Isaura está molida, solo que a causa de estas fiebres tifoideas que están a punto de acabar con ella.

Apoya la espalda arriba, en las ariscas piedras que rodean el pozo. Aunque pudiera deshacerse del cabecero de hierros, los dichosos grilletes le impiden toda movilidad, y esconderlos resulta imposible. Nada más verla con las manos esposadas, cualquier viandante avisará a la policía.

—Lánzame la llave.

—Baja a por ella, maldita.

—¡Tírame la llave y veré cómo puedo hacerte subir!

Allá en lo profundo del pozo, San Román trata de sentarse más cómodamente. Le duelen las

manos y los codos, debió raspárselos mientras caía.

—Si consigo subir de aquí va a ser para partirme el cuello, condenada; es la última vez que me engañas.

Cede la luna y se somete al poder de las nubes, que la ocultan. Cae de nuevo la lluvia sobre Madrid, sobre la casa de Astrarena en donde Ferrer está a punto de entregar su alma a Avelina Avellaneda; sobre la negra Isaura, en el patio de la casa del boticario; sobre el cazarrecompensas que aprieta los pies y la espalda contra la pared del pozo, resuelto a valerse de esta presión para ir subiendo.

Escucha la voz febril de Isaura, fuera:

—¿Preferías que te lo hubiera puesto fácil, San Román? Que te hubiera entregado el alma de mi amo, y que luego te hubiera acompañado mansita hasta Cuba. ¿Tú hubieras preferido eso?

Nada dice él, entregado a su penosa ascensión, pero, transcurridos unos instantes, responde:

—No.

Desde luego que no, añade en su pensamiento mientras se muerde los labios. Primero un pie. Luego otro. Arrastra hacia arriba la espalda; son apenas unos centímetros, pero todo pequeño paso vale. Primero un pie. Luego otro. Arrastra hacia arriba la espalda. No, claro que lo prefiere así, el viejo cazador de hombres. Hacía mucho que nadie se lo ponía tan difícil: la negra, mira tú por dónde, quién lo iba a decir, se ha revelado como un digno oponente.

—A mí, San Román, me pasa como a ti... —dice la esclava.

—El qué.

—Yo también prefiero morir en la batalla.

15

Se refleja en el cristal de la puerta cerrada de la botica. Es el reflejo de un humilde culí, con espaldas de cargador de puerto y una altura nada desdeñable para ser chino, cubierto hasta el pescuezo de esa larga túnica abotonada que algunos franceses llaman *jaol*. La tela conoció días mejores y también su dueño, cuya barba y dientes anuncian una general desafección por la higiene. Su nombre es Sying Wu, trabaja para *madame* Wang desde tiempos inmemoriales —se dice que vino con ella desde Cantón— y si hubiera que elegir un rasgo esencial de su carácter sería la cicatería: todo lo ahorra Sying Wu y nadie sabe para qué. Los sirvientes del fumadero conocen el pequeño tesoro oculto bajo un tablón del suelo de su cuarto, donde Sying Wu va acumulando monedita tras monedita. Ninguno de ellos se atrevería a robarle: saben que su cuchillo se ha llevado muchas almas al Manzanares. Cualquiera puede darse por perdido solo con que *madame* dirija a Sying Wu un fruncimiento de cejas. Si su absoluta fidelidad a la vieja se debe al buen sueldo o existen motivos más hondos es algo que solo saben ellos dos.

Sying Wu llama a la puerta de la botica con insistencia, pero no parece haber nadie al otro lado.

Una voz femenina le sorprende detrás.

—No está, hace rato que lo vi salir. —La mirada de Sying Wu cuando se vuelve hacia ella achanta a la prostituta—. ¿Buscaba *usté* al boticario, no?

Sying Wu no responde. En su jerarquía de la existencia, dejando fuera a *madame*, a una mujer se le ha de conceder la atención mínima. Y si es de la categoría de aquella prostituta no requiere

ni el esfuerzo de contestar.

Ella, por su parte, se convence de que aquel chino desagradable, y que apesta a sudor rancio que tumba, no comprende ni gota de español. Maldice a los extranjeros que vienen a Madrid solo para estropearla; con lo bonita que era en tiempos del rey Fernando.

Cada uno se va por su lado, despreciándose mutuamente como es costumbre entre seres humanos a los que la vida ha machacado con obstinación.

Sying Wu, a quien semejantes digresiones filosóficas importan un pimiento, se sorprende al comprobar que la puerta de la botica ha sido forzada. No está seguro de si eso resultará favorable a su misión o traerá inesperados inconvenientes; de momento se cuelga en la oscuridad de la tienda con el acolchado paso de un gato.

Le gusta la oscuridad a Sying Wu: en ella se mueve como un pez que hubiesen devuelto al estanque. Donde él creció de niño, un cuartito que compartía con su abuela, las ventanas eran un lujo inasequible. En la oscuridad, el sicario puede sacar el cuchillo al fin y dejar expandirse a la fiera. Respira oscuridad y crece; todo lo flaco que es Sying Wu se hincha de sombra.

Recorre la casa por completo, de arriba a abajo; sus ojos penetran cada rincón que pueda ocultar a un hombre. Cualquiera que le vea avanzar descubrirá en él una lentitud de galápago. No es fácil. La oscuridad es también no hacer ruido alguno, no rozar un tacto, no tragar saliva.

Fuera, en el patio, Isaura espera rendida. Sying Wu no se ha dado cuenta de su presencia, ni del enfrentamiento desesperado que está luchándose ahí atrás. Porque también Isaura, encadenada al peso del cabezal, se ha vuelto lenta, estática. Está agotada, sentada junto al pozo con la mirada boba, contemplando desde fuera el discurrir extraño de este presente, sin advertir cómo San Román se arrastra hacia arriba en su busca. Trata Isaura de asomarse a su pasado, pero no le vienen los recuerdos. Quizá porque también ella se está, poco a poco, amigando con la oscuridad.

Y ahora que la oscuridad lo ha tomado todo en la botica, Sying Wu sonríe. Le gusta mucho esta parte de su trabajo: la paciencia. Cobijado en las sombras, hundiendo la cabeza entre los hombros, el viejo galápago nota su cuchillo tenso temblando de ganas, como algo vivo. El cuchillo está hambriento. Sying Wu se acuclilla a esperar al boticario.

16

Avelina se coloca sobre la cabeza el chal de encaje negro, a modo de velo. Abre uno de los cajones de un pequeño secreter. Extrae varios frascos, que escoge con cuidado; contienen líquidos de diferentes colores y densidades; también elige algunas bolsitas que guardan hierbas. De un pequeño estante coge una primitiva estatuilla femenina; se trata de una figura arrodillada, de formas generosas, que porta un cuenco.

—Entregar el alma no es fácil. Se le va a aferrar para no ser llevada.

—¿Qué tengo que hacer? —pregunta Ferrer mientras observa cómo la Cubana va preparando un bebedizo. Mezcla las sustancias en un mortero, y algunas las calienta en una cuchara a la llama de una vela.

—En cada persona es diferente. Usted mismo tendrá que descubrirlo.

—¿Me tengo que beber esa porquería?

Avelina sonríe mientras avanza la mezcla repugnante.

—Es ella la que se lo va a beber a usted, mi amigo.

Sentado en el diván, Sinesio Ferrer se pregunta cómo estará su amada Isaura, si habrá empeorado la fiebre. Ojalá pudiera estar a su lado.

Hace ya unos instantes que un escalofrío le tiene agarrado por dentro; no recuerda cuándo fue la última vez que tuvo tanto miedo. Acaso su espíritu sepa mejor que él lo que está por ocurrir y eso le tiene atemorizado.

—¿Qué pasa entonces, Avelina? Cuando uno se queda sin alma.

—Que se convierte usted en un hombre triste y oscuro. Una sombra incapaz de sentir remordimientos.

—A lo mejor —responde él con algo de sorna— eso no es tan malo.

—Lo veremos.

—Se me acaba el tiempo. Deme de beber eso.

Avelina se ajusta el velo: adquiere un aspecto temible de sacerdotisa arcaica. Toma con dos manos el vaso de arcilla con forma de diosa y lo lleva hasta Ferrer como si transportara algo muy valioso; allí tiembla el humeante bebedizo.

—Dígame, Ferrer, la Diosa pregunta: ¿usted es consciente de lo que va a hacer?

—Dígale a la Diosa que qué remedio.

—Mucho tiene que querer a esa mujer. Todavía no lo sabe usted, mi amigo, pero está dando su vida por ella.

Ferrer contempla el líquido, ha adquirido un inquietante rojo sangre. Sin duda daría la vida por ella.

Avelina le entrega el cuenco y susurra:

—Cuando beba esto, Ferrer, se enfrentará usted a lo que es en verdad. Es posible que no le guste lo que encuentre.

Ferrer toma el cuenco entre sus manos.

—Es más que posible —dice.

Y se lo bebe con asco, decidido. Podría jurar que el líquido tiene un sabor desconocido; huele a madera podrida. No se detiene hasta que apura el cuenco.

—Ahora —dice la Cubana— entrará usted en otro mundo; uno que no es este y que tampoco es el Más Allá. No el mundo de la carne, ni el de los muertos, sino el mundo del espíritu. Allí habrá de caminar para encontrar su alma y traérmela.

Avelina se lo retira de las manos y va retrocediendo poco a poco. Musita viejas oraciones a diosas antiguas y olvidadas. Conjuros de protección, también, pues cuando un alma se libera abandona el cuerpo llena de rabia.

Ferrer empieza a marearse.

—Qué sensación tan curiosa... —murmura; está sudando.

—Tráigamela, Ferrer. Tráigame su alma.

Ferrer observa cómo, alrededor de Avelina Avellaneda, la habitación entera se va oscureciendo hasta sumirse en la negrura.

Capítulo 3

1

No ve nada durante un rato. Le parece estar inmobilizado, como si, aun con los ojos abiertos, todavía estuviera dormido. Tampoco escucha ningún sonido; solo su propia respiración entrecortada.

—¿Avelina? —exclama—. ¡Avelina!, ¿dónde está?

Quiere extender las manos pero se encuentra en un lugar angosto, rodeado por todas partes de bultos húmedos; apenas es capaz de retorcerse.

—¡Socorro! —grita aterrado.

Llegan hasta él unos ruidos: alguien parece estar horadando la tierra con las manos, muy cerca.

—¡Avelina, no veo nada, no me puedo mover! ¡Déjeme salir! ¡Socorro!

Comienza a hacerse la luz a través de un agujero, arriba, y, de pronto, por el hueco aparece el rostro de un joven soldado. Aparta bultos para hacer sitio, con mucho esfuerzo.

—¡Socorro! ¡Aquí! ¡Gracias a Dios! ¡Aquí!

El joven soldado tiende la mano al boticario y lo ayuda a salir. Solo entonces advierte Ferrer que sale de entre un montículo de cadáveres amontonados: soldados isabelinos; de uniforme, como este joven.

El boticario está confuso, no recuerda cómo llegó allí; se mira las manos llenas de sangre; también le cae viscosa por la cara.

El chico que acaba de sacarle de allí se entrega a su tarea: revisa las manos de los cadáveres y las bocas, hasta que encuentra algo que le llama la atención. Coge la mano de un soldado muerto y le corta el dedo para quitarle un anillo.

—¿No llevas nada encima? —pregunta—. ¿Un anillo?, ¿un reloj?

Perplejo, Ferrer se palpa el cuerpo.

—No tengo nada.

—¿Te vas a quedar ahí mirando o me vas a ayudar?

La montañita de cadáveres donde están encaramados se halla en medio del claro de un bosque. La luz del día, en tajos, se filtra arriba por entre las copas de los árboles.

—Me suena este sitio... ¿Es Aranzueque?

—¿De qué vas disfrazado? —pregunta el joven soldado.

Ferrer se mira. Lleva puesto el mandilón con que prepara sus medicinas; y también los guantes, que huelen a opio.

—M-me hice boticario —dice como disculpándose.

El joven soldado escupe a un lado.

—¿Vas a ayudarme o qué? Hay mucho trabajo aquí.

Ferrer se revuelve, procurando no pisar las caras de los cadáveres sobre los que se sienta. Si no topa con un estómago es con una cabeza; y, si no, con unas manos.

Uno de los cuerpos llama su atención: no lleva uniforme, es una mujer mayor, de larga melena gris. Ferrer toma el collar que lleva al cuello, para observarlo mejor: está hecho de dientes y

colmillos, encabezado por el cráneo de un pequeño búho.

—Se llama Maldad —dice el soldado refiriéndose a ella, entregado a su búsqueda—. No la despiertes.

El cadáver de la mujer abre los ojos y Ferrer se echa hacia atrás, espantado; pierde asidero y rueda por la montañeta de cuerpos hasta que cae al suelo de tierra. Se arrastra huyendo de lo que acaba de ver.

Le detiene la respiración pesada de un animal, a su espalda.

Ferrer descubre un caballo acostado en el suelo; sus ojos abiertos reflejan una gran inquietud. La misma mujer muerta que viera sobre los cadáveres le está devorando el vientre, a cuatro patas. Gime la pobre bestia.

La vieja levanta la cara llena de sangre y mira a Ferrer.

—¿Vas a ayudarme o qué?

Y sonrío. Muestra una dentadura salpicada de dientes de oro, pero le falta uno.

—Con esa boca —le dice a Ferrer— no vas a poder comer nada. Ven a mi cabaña, te voy a dar otros dientes.

La vieja se incorpora, se limpia la sangre de la boca con el antebrazo y echa a caminar por la vereda que parte del claro. Cojea: una de sus piernas es solo de hueso, como si hubiese perdido el disfraz de carne que la envolviera. Ferrer advierte que, en las huellas que deja en el suelo, se filtra un líquido espeso de color rojo oscuro. La sangre termina anegando las huellas.

2

La puerta por la que Ferrer entra en la vieja cabaña está decorada con patas de gallina. En el interior del chamizo encuentra un camastro, una mesa, una chimenea con un perol. Reconoce su antigua cabaña en el bosque, allí donde, hace años, se retiró del mundo; las pieles con las que se cubría en invierno, sus viejos utensilios de cocina, de madera renegrida; está todo tal y como entonces.

La vieja cadáver está sentada en un taburete ante el perol, removiendo algo y dándole la espalda.

—¿Por qué terminaste refugiándote en esta cabaña?

—No quería resignarme —responde Ferrer desde la puerta—. Quería una vida que no fuese del diablo o de Dios, solo mía.

—¿Entonces por qué regresaste al mundo, después? Cierra, entra frío.

Ferrer va a obedecer, pero cuando se gira encuentra la puerta ya cerrada.

Adelanta un paso hacia la mujer.

—Me cansé de estar solo. Quería hablar con otros hombres. ¿Quién eres?

La vieja se ríe.

—¿No sabes que al diablo le gusta disfrazarse?

—¿Eres el diablo?

—No; lo he dicho para burlarme de ti. «El diablo» —dice con desprecio—: eso son cosas entre hombres, peleas de muchachos. Yo soy una mujer, obedezco a una diosa más antigua.

Ferrer se encuentra ya muy cerca; todavía no puede ver qué es lo que ella anda removiendo.

—Ibas a darme unos dientes.

La mujer saca del caldero el cucharón y se lo muestra al boticario. Está colmado de un caldo parduzco y, en él, flotan algunos dientes.

—Pero algo tendrás que darme a cambio. ¿Tienes un anillo?, ¿algún reloj?

Ferrer rebusca en sus bolsillos. Se saca un montón de morralla: un par de relojes de cadena, anillos, muelas de oro, dedos cortados; el botín de mil batallas.

—Échalo todo en la olla —dice la vieja—. Lo vamos a fundir. Echa también las balas de tu pistola.

Ferrer descubre que empuña un revólver. Lo abre, extrañado; extrae las balas y, una a una, las va echando en el perolo.

La vieja aviva el fuego. El líquido se evapora enseguida, ante los admirados ojos de Ferrer, y las baratijas se funden hasta resultar en una informe masa oscura.

—Aparta —dice la mujer muerta. Y se acerca hasta unas tenazas hechas de oro, que cuelgan de la pared—. Ha salido una buena cantidad. Ahora hay que darle forma, no te lo puedes llevar así.

Se vale de las tenazas para sacar del perolo la masa humeante. La deja sobre la mesa; suena *¡chunc!*, parece pesar mucho. Acerca las manos para agarrarlo.

—¡No! —grita Ferrer temiendo que se abra.

La mujer amasa con las manos desnudas la forma ardiente. Arde la piel, se apergamina al contacto del calor, se ennegrece, pero ella no se inmuta.

—Oscuro y espeso —dice—. Este es tu corazón, Sinesio Ferrer.

Ferrer da un respingo.

3

Se descubre acostado, manotea como si quisiera quitarse algo de encima, hasta que advierte dónde se encuentra.

—Ya pasó —dice una voz en algún sitio.

El boticario se incorpora; está en un diván, rodeado de estanterías con libros. Reconoce la biblioteca.

—He tenido... una pesadilla —dice, jadeando todavía.

—No fue una pesadilla.

Avelina Avellaneda está de pie, mirando la luna a través de la ventana más próxima, que enseguida queda oculta al paso de las nubes. Se rodea con los brazos, tiene frío y tiene miedo. Se gira hacia Sinesio para señalar algo con la barbilla.

—Allá la tiene usted, ya salió.

En la mesa camilla de alabastro, Ferrer descubre el frasco que ella sacara antes del armario; está abierto. A su lado, esperando a ser introducido en el cristal, hay una bola del tamaño de una uva. Es de plomo; oscura y grisácea.

—Esa es su alma, boticario.

Ferrer siente que se le va la cabeza; tiene mareos, pero consigue ponerse en pie; todo le da vueltas.

—Me encuentro fatal. ¿Qué es esa porquería que me ha dado, Avelina? Voy a vomitar.

La Cubana saca del frasco la bola que representa el alma del amo de Isaura; es de un color

rojizo, parece hecha de hierro oxidado. Luego introduce la otra bola, de plomo: el alma de Ferrer. Una ha ocupado el lugar de la otra.

Avelina tapa el frasco con el corcho y, alrededor del corcho, enrolla el collar hecho de huesos y diente-cillos.

—Así va a estar durante unos días, hasta que se acostumbre usted; ya le dije que se iba a encontrar vacío.

Le entrega a Ferrer la bola rojiza de hierro.

—Aquí tiene lo que buscaba: la salvación de su amada.

Ferrer agarra la pelota herrumbrosa; tiene la impresión de que pesa muchísimo. Se la guarda en el bolsillo sin querer entrar en más detalles.

—Sí, bueno. Tengo que salir de aquí, todo esto es enfermizo.

Acude hasta la puerta, tambaleándose. Allí no puede evitar doblarse de dolor a causa de un calambre en el estómago. A su lado está ya Avelina, tendiéndole un jarrón chino para que vomite.

Y así hace Ferrer. Vomita con furia dentro del jarrón el condenado líquido que antes bebiera. El olor a madera podrida, a madera de ataúd, es tan nauseabundo que no hace sino provocarle más náuseas. Echa hasta los últimos restos y retrocede para apoyarse contra la pared.

—Lo siento... Es esa cosa asquerosa que me dio de beber...

Avelina le muestra el contenido del jarrón: un líquido blanco y lechoso donde flotan unas moscas muertas. Ferrer se limpia la boca, perplejo.

—Tengo que salir de aquí...

La puerta está cerrada. El boticario da dos vueltas a la llave, abre y sale al pasillo. Camina apoyándose en las paredes, dando tumbos.

Escucha la voz de ella en la biblioteca, atrás:

—Desde hoy, Ferrer, su cuerpo ha perdido el hilo que le sujeta a su espíritu; es usted libre. — Y añade, con gesto grave—: Penosamente libre.

Sinesio Ferrer no se vuelve; avanza hasta la puerta que da a la escalera y sale. Sale sin mirar atrás y, con la mano en el bolsillo, agarrando la bola de hierro, baja las escaleras a trompicones, a punto de perder el pie y caer rodando; pero no se detiene, sigue, sigue, hasta que llega al zaguán, y desde ahí alcanza la calle.

4

Si alguna vez hubiera de describir lo que es sentir terror, la esclava negra Isaura recurriría a esta imagen: a Baldomero San Román, cazador de hombres y mercenario, saliendo por el hueco del pozo y enseñando esa sonrisa furiosa de dientes de oro. Si alguna vez hubiera de describir lo que es sentir terror, la esclava negra Isaura relataría cómo se arrastró por la tierra de aquel huerto, enferma y débil, apenas sin fuerzas, mientras escuchaba cómo él jadeaba allá atrás a causa del esfuerzo, y salía gorgoteando del pozo hasta dejarse caer sobre el barro, liberado al fin.

—¿Adónde crees que vas, coño?

No se encuentra él en mejores condiciones y también se ve obligado a arrastrarse.

—Ven aquí, maldita.

Cree él que, en cada respiración, vayan a traspasarle las costillas y a asomar por el pecho, rasgando la carne. Se arrastra por el barro apretando los dientes.

—¡Vuelve!

Persigue uno a la otra en esta carrera imposible, en que dos formas exhaustas se mueven sinuosas por el huerto, despacio, despacio, porque cada movimiento supone un dolor infinito, un esfuerzo titánico.

Si alguna vez hubiera de describir San Román lo que es sentir dolor, explicaría las laceraciones que le atormentaron las manos, en los codos y el torso; el dolor espantoso en el agujero de la dentadura.

—No tiene el mundo la suficiente distancia —dice— como para que puedas escaparte de mí, negra.

Tampoco ella se detiene: a cada segundo lo siente más cerca, a punto de agarrarla por el tobillo solo con estirar el brazo; y se obliga Isaura a seguir reptando, a seguir escapando, que es lo que lleva haciendo desde hace mucho.

—Antes me hablabas del honor, ¿te acuerdas, maldito? No hay honor si me entrego a ti, deberías entenderlo mejor que nadie.

—Y te entiendo.

La agarra por el tobillo; Isaura nota la zarpa tirando de la pierna para impedirle avanzar. Ella se revuelve y con el otro pie le da una patada, otra, y se promete no dejar de golpearle hasta que la suelte.

—¡Ay! ¡Furcia, maldita!, ¡estate quieta!

San Román saca el revólver que lleva al muslo y así, acostados los dos, le apunta con él. Isaura se detiene; un frío terrible le sacude el pecho.

—Déjame escapar —musita mientras una lágrima le cae por la cara.

—Si lo hiciese —responde él mientras la apunta con el cañón— sería yo el que perdiera mi honor.

—Ninguno de los dos va a dejar de intentarlo, entonces.

—Tenlo por seguro.

Isaura se queda rígida.

—Pues me vas a tener que matar, San Román.

Y lo hace, el cabrón de él; aprieta el gatillo.

No hay un alma. Resuenan los pasos de Ferrer, arrastrados por el suelo; su respiración jadeante.

Nunca se le había hecho tan largo un camino: Jacometrezo resulta para Ferrer tan correoso como el sendero de una selva impracticable. El condenado bebedizo le imposibilita pensar con lucidez, el estómago todavía le da vueltas. Va agarrándose a las paredes a medida que escala la calle; no se permite sacar la otra mano del bolsillo, esa que aferra la rojiza bola de hierro.

Se pregunta Ferrer si, allá en Cuba, el amo de Isaura sentirá en sus tripas algo de este trayecto. Si notará su alma en la lejanía, conducida por otro hombre.

Ahora camina como si en verdad hubiese perdido algo. No es exactamente ligereza: al andar ha adquirido un impulso poderoso que tira de él. Piensa en un cochero que condujese dos caballos, uno más tranquilo, otro más nervioso, y que un día, muerto el primero, le quedase únicamente el segundo para tirar del coche. A Sinesio Ferrer le guía ahora esa ansiedad del caballo indómito. Desea entregarse nada más que a impulsos animales: solo comer le parece verdadero, amar hasta dejarse morir, segar cuellos.

Le viene a la cabeza un mar rugiente, empeñado en estrellarse una y otra vez contra las rocas; a Ferrer, que como boticario ha estudiado su variedad, la naturaleza entera le parece arrogante y sin sentido; solo quiere derrotarla. Si antes él se había fascinado por su armonía, ahora ya no

pertenece a la música ordenada del universo, ni quiere ser boticario, ni trabajará por la mejora de la humanidad. Considera ingenua esta lucha por la que ha entregado media vida. Adivina en un palpito que la civilización avanza, sí, pero hacia peores guerras, peores horrores. Ahora, Sinesio Ferrer es enemigo del mundo.

Ya está próxima la calle Desengaño, paralela a esta por la que ahora camina. Se pregunta Ferrer si será más rápido atajar por Las Lanzas o por la calle del Carbón, y se decide por la primera.

En la esquina de Las Lanzas se topa con algunas personas que salen de un portal hacia un carromato detenido en la calle. Cargan bultos envueltos en sábanas. Hasta que no está junto a ellos, Ferrer no descubre que se trata de cadáveres. Por lo que percibe de la conversación se trata de los miembros de una misma familia; han muerto todos a causa de las fiebres. Una vecina, alertada por el olor a descomposición, ha descubierto los cuerpos.

Todavía está allí Ferrer, detenido ante el espanto, cuando les llega un murmullo que se acerca; un clamor lejano. Se giran todos. Por la esquina de Montera sube desde Caballero de Gracia una masa de hombres y mujeres enarbolando palos, lanzando gritos. Algo ha ocurrido, se trata de una turbamulta furiosa. Ferrer no consigue distinguir gran cosa entre el griterío, pero acierta a escuchar acerca de unas muertes en el palacio Villahermosa por culpa de una epidemia; se habla de los curas, que vuelven a envenenar las aguas. «¡Nos están matando!», grita la muchedumbre al unísono. Parece que su intención es encaminarse hacia el palacio real.

Ferrer retrocede. Enfila calle Las Lanzas arriba; se trata de una callejuela lóbrega, sin luces; a esta hora ya no vuelven a encenderse las farolas apagadas. Allá, a media distancia, vislumbra la puerta de su botica.

5

Cruza el boticario la puerta. No comprende de momento de dónde viene ese ciclón que lo empuja hasta el interior. ¿Eso contra lo que Ferrer forcejea son manos? Se trata, enseguida lo descubre, de un hombre, sí; un hombre fibroso que tiene una fuerza inaudita y que lo retiene contra la estantería repleta de frascos. Caen al suelo hasta estrellarse las porcelanas, y mientras los dos hombres van y vienen en su furiosa pelea, mezclan en el suelo plantas y polvos y, sin ellos saberlo, acaso estén consiguiendo un imposible remedio contra el mareo y los sabañones, contra el dolor de estómago; o la cura definitiva, ah, milagro de la ciencia, para el mal de amores.

No muy lejos de allí, en el huerto, San Román aprieta el gatillo y se escucha *¡clíc!*, *¡pffffff!*, y la pistola no dispara: mojada de agua de pozo y de lluvia, se ha convertido en un trasto inútil; haría mejor en usarla como maza.

Isaura no pierde la ocasión: asesta otra patada al cazarrecompensas y libera el tobillo; la esclava se retuerce intentando incorporarse, pero la enfermedad está ganando la batalla: Isaura ya no tiene fuerzas y, arrastrando el cabecero de hierro, se obliga de nuevo a reptar por el barro del jardín, tirando de codos y rodillas.

Solo que San Román ya no parece interesado en ella. No repara siquiera en el pómulo que se le ha ido hinchando a base de patadas, y que ahora presenta una deformación azulona. Se incorpora poco a poco, atraído por el escándalo de golpes y frascos rotos que proviene de la botica.

El atacante huele a sudor; es un olor rancio, de días. Con una mano le tapa la boca a Sinesio Ferrer para que no grite y se vale solo de la otra para apartar las del boticario. ¿Es un cuchillo eso?, se pregunta Ferrer cuando la hoja reluce a la tenue luz nocturna. ¿Es un cuchillo con caracteres chinos eso que este cabrón pretende clavarme? Ha sido ahí, justo cuando enarbola el arma resuelto a atravesarle el corazón, que Ferrer reconoce al sirviente de *madame* Wang.

A lo largo de las muchas visitas del boticario al fumadero, Sying Wu ha tenido poco trato con Ferrer; quitarlo de en medio no supone para él ningún conflicto personal. En general no le supondría conflicto con nadie, pues Sying Wu no conoce la amistad; es un hombre huraño, de trato hosco, incapaz de relacionarse con sus semejantes. No sabe una palabra de español, apenas sale del fumadero si no es para realizar alguna compra que le solicita *madame*, y con los madrileños se comunica con gruñidos y gestos. Tampoco se relaciona mucho con los compatriotas chinos que trabajan en el fumadero. Los ojos, rasgados sobre las mejillas afiladas, infunden temor allá por donde pasa.

A Sying Wu no le tiembla el cuchillo, pues, para acercarlo hacia ese gznate. Solo que, en esta ocasión, ha subestimado a su víctima. Hace tiempo que Sinesio Ferrer no se ha visto en una de estas, pero ciertas reacciones permanecen inolvidables, grabadas a fuego en el instinto del que fue soldado. Un rodillazo en la entrepierna es lo que único que necesita el boticario para desarbolar a su atacante. El sirviente chino de *madame* Wang exhala un sonoro ¡Uuuuf! mientras su cuerpo retrocede, encogido, y arrastra consigo la preciada vitrina de Sinesio.

Reacciones grabadas a fuego, antiguos reflejos, que estaban sepultados en algún lugar recóndito: un puñetazo ahora, después una patada, aquí un giro. Sinesio Ferrer se contempla a sí mismo, como si observara a través de uno de esos modernos zoótrofos, con imágenes que adquieren movimiento; le parece que ese que ahora golpea al sirviente chino sea otro. No se ve reflejado en el hombre que derriba a Sying Wu y le propina tal puntapié en el pecho que le parte varias costillas.

El sicario de cara filosa se retuerce sobre las baldosas anegadas de cristales y trozos de porcelana, intentando escapar de esa maquinaria mortífera que ha resultado ser el boticario. Advierte la cercanía de su contrincante, que le contempla de pie, jadeante y poderoso. Luego, lo que siente Sying Wu es que Ferrer tira de esa coleta que le cae por la espalda. Tira tan fuerte que a Wu le da la impresión de que vayan a arrancarle el cuero cabelludo. Ferrer le obliga así a exponer el gznate, y le coloca sobre la tráquea la hoja del cuchillo con caracteres chinos.

—¿Te manda *él*? —pregunta en el silencio de la botica, roto solamente por la lluvia que cae fuera—. ¿Te manda el cardenal? —Y a pesar de que Sying Wu no comprende el idioma, sabe lo que está preguntando, del mismo modo que sabe que no es una pregunta que busque respuesta.

Se imagina Sying Wu que el boticario va a degollarle, y está ya preparado para ello; si todavía creyera rezaría a Guānyīn, diosa de la misericordia, para que inspirara al boticario.

Solo que Sinesio Ferrer vuelve a sorprenderle y no le corta el cuello. Con un gesto brusco le da la vuelta para obligarle a volverse boca arriba; y Sying Wu grita de dolor cuando se remueven sus costillas astilladas.

Dura un momento, un instante apenas: al sirviente le hace gracia que, después de todo, haya servido su plegaria y que Sinesio Ferrer no vaya a cortarle el cuello. Es solo un segundo, en que Sying Wu sonríe. Y todavía está sonriendo cuando Sinesio Ferrer clava el cuchillo a la altura del ombligo y lo ensarta. A partir de ahí todo se ralentiza, pues el boticario parece encontrar cierto deleite en ir rajando el vientre, hacia arriba y poco a poco. Al sicario se le va congelando la sonrisa en una mirada desconocida, llena de terror: ¿le engañan sus ojos o Sinesio Ferrer acaba de

rajarle de arriba abajo? ¿Es cierta esta imagen?, ¿está verdaderamente el boticario sacándole el paquete intestinal? Es ahora cuando Wu echa de menos no haber sido degollado; todavía está vivo, mientras acierta a ver cómo Sinesio Ferrer esparce sus tripas por el embaldosado; y, en sus ojos, el sirviente reconoce la mirada oscura del asesino inmisericorde.

6

—Que suba el diablo y lo vea —dice Baldomero San Román desde la puerta del patio.

Apenas puede creer lo que contemplan sus ojos, a pesar de que, si lo piensa bien, esta es la que más se corresponde con la imagen que tiene de su viejo amigo:

Sinesio Ferrer se halla sentado en el suelo, jadeando, con los ojos desahogados; tiene las manos y los brazos embadurnados de sangre hasta los codos; sostiene un cuchillo, tembloroso. Se corresponde más esta imagen, no hay duda, que la que ofrece el apacible boticario a diario, detrás de un mostrador.

A sus pies hay un hombre chino eviscerado; el suelo de la botica no es sino un puro charco de sangre; el hedor del contenido de las tripas es nauseabundo.

—Tengo que abandonar Madrid —dice Ferrer entre jadeos—. Ahora me persiguen.

—Harían mejor en no perseguirte, a la vista del resultado.

Tampoco se le escapa a Ferrer la imagen de su viejo compañero de armas, que se apoya en el dintel, empapado, al parecer mal herido y lleno de barro hasta las cejas, con el pómulo convertido en un bulto informe.

—Qué ha pasado —pregunta el boticario mientras le recorre un escalofrío.

—Tu amiga negra es de armas tomar. Un minuto más y la cosa hubiera acabado mal. ¿Has traído lo que me prometiste?

Ferrer se incorpora.

—Está...

Farolea el cazarrecompensas y encañona al boticario con esa pistola incapaz de disparar.

—Está en el jardín. Quieto. Ella y yo nos hemos zurrado de lo lindo, me hizo una jugarreta.

—Normal. ¿No habrías hecho lo mismo?

—Por el culo de Satanás que sí.

—San Román, dime que está bien.

—Está bien, de modo que no te muevas o al final terminaré llevándomela conmigo mientras tú le haces compañía al chino.

Se adelanta el mercenario aferrando la pistola; brilla en sus ojos una premura.

—¿La conseguiste?

Ferrer echa mano a su bolsillo. Saca algo que aferra en el puño. Cuando lo abre para mostrárselo a San Román, exhibe una bola rojiza de hierro corrompido.

El cazarrecompensas tiembla de excitación. Cumplir este encargo se le ha hecho demasiado costoso; acaso sean los años, que pesan ya, y haya perdido facultades, pero no ve la hora de terminar con el asunto y regresar a Cuba, cumplir lo acordado y quitarse de en medio; volver a la vieja España, retirarse a alguna calita, rodeado de mujerzuelas, para acabar sus días mirando su querido y plomizo cielo gallego. Quizás incluso —le hace gracia este pensamiento— se haga boticario.

Ferrer va a adelantarse para entregársela, pero San Román sabe que, de entre todos los coyotes del mundo, este es el menos confiable.

—Quietos he dicho —insiste reafirmando la pistola—. Ponla en el suelo. Dale un puntapié. Con cuidadito.

Así lo hace Ferrer: de cuclillas y con cuidadito deposita la bola de hierro sobre el charco color carmín. Luego la hace rodar hasta que llega a los pies del mercenario. Entonces San Román se agacha despacio y la recoge. Todavía no puede creérselo, ya tiene lo que quería. La examina de reojo, envuelta en sangre.

Ha visto otras como esta y la reconoce: almas de hombres emponzoñados, ruines. Difieren un poco unas de otras, pero siempre son apelmazadas bolas que parecen de metal corrompido, con más o menos escoria, más o menos pulidas.

Hubiera sido lo ideal terminar aquí; que San Román dijera «La negra está en el patio; toma la llave de los grilletes. Marchaos». Un final feliz, en el que todos hubieran comido perdices. Pero el cazarrecompensas viene a preguntarse aquí por qué conformarse con llevarle a su dueño el alma robada cuando puede llevar también a la negra huida. Un final menos feliz, en el que, pequeño detalle, se haría necesario eliminar a Sinesio Ferrer.

Y si Baldomero San Román obra de esta manera no es por avaricia; no es tampoco por su retiro en la calita, sino por pura mezquindad, llevado por ese corazón suyo, tan oscuro como el del hombre que le contrató allá en Cuba y cuya alma ahora se introduce en el bolsillo.

—Date la vuelta —ordena adelantando la pistola.

—¿Qué?

—Pon el pincho sobre el mostrador y vuélvete hacia la pared.

—¿Qué tramas? —pregunta el boticario.

—Obedece y calla, hostia.

Cree Sinesio que tiene pocas posibilidades contra esa pistola, de modo que, aunque considera imprudente darle la espalda a un enemigo, hace lo que se le ordena.

—Podemos dejarlo aquí, San Román. Tú tienes lo que querías y yo también. Todos tan contentos.

San Román agarra el cuchillo de un zarpazo, ya tiene las dos armas.

—Podríamos —replica.

Pero no: está ya levantando el puñal, apuntando a la nuca de su viejo amigo con toda la intención de descabellarlo como a un toro de lidia; ha de bastar un golpe seco en la base del cráneo y se acabó Sinesio Ferrer, se acabó la amenaza; a San Román le parece estar oliendo ya la mar gallega, escuchando el arrullo de las olas norteñas en el feliz retiro.

Pero suena una porcelana que se rompe, *¡crash!*, y le sobreviene un dolor terrible en lo alto de la cabeza, un olor a eucalipto. Baldomero San Román se revuelve, confuso, para encontrar a la negra Isaura que agarra otro frasco de la estantería, dispuesta a rompérselo también en lo alto. Y el cazarrecompensas avanza hacia ella, mareado y enarbolando el puñal, pero recibe de la negra otro golpe, esta vez de una porcelana que contiene kamala y lobelia. *¡Crash!* Retrocede para huir de esta furia terrible y sufre otro golpe: *¡crash!*, en su cabeza revienta un tarro en que Ferrer almacena los escasísimos carragaen y haba del calabar, tan irremplazables. La negra Isaura enseña los dientes como una fiera y persigue en su retroceso al mercenario, anteponiendo el condenado cabecero de metal y atacando a San Román con todo aquello que tiene a mano: los frascos de estrofantó, de nuez de cola... *¡Crash! ¡Crash! ¡Crash!* «¡Maldito! — dice en su avance—. ¡Maldito! ¡Maldito!».

Ya no tiene pies el cazarrecompensas, sino pesadas losas de piedra; apenas le quedan fuerzas para moverlas y se viene abajo, con la cara y el cráneo lleno de cortes; le cae la sangre por los ojos, no ve.

Se descubre en el suelo, levantando una mano con intención de cubrirse a pesar de que han cesado los golpes. En ese momento no sabe ni dónde se encuentra, lo ha olvidado todo.

Ha perdido el conocimiento de las cosas hasta que, de pronto, recuerda, porque se planta ante él, jadeando, la esclava Teófila, la negra Isaura, amante de su viejo amigo Sinesio Ferrer. La mujer está sudorosa y pálida de fiebre; también ella se tambalea, a punto de caer vencida, pero la mantiene en pie la pura necesidad de sobrevivir.

—Condenado —dice jadeando, al borde de las lágrimas—. Puto. Mira lo que me obligaste a hacer.

San Román está ya exhibiendo una sonrisa cínica cuando otra figura se superpone: tras la esclava negra aparece Sinesio Ferrer. Viene acompañado de una expresión macabra; San Román no ha visto gesto igual en todos los años que estuvo guerreando, en ninguna de sus batallas, en ninguno de los hombres contra los que luchó. No se trata de una expresión humana; la cara de Ferrer, inexpresiva y fría, recuerda a la de una máscara de cera.

Al boticario le ha bastado esa escaramuza entre el mercenario y la esclava para entrar en la trastienda y acudir a un viejo ropero. Allí, escondida del mundo y de sí mismo, guarda la vida que vivió un día. El boticario Sinesio Ferrer ha tenido tiempo de abrir el ropero, de rebuscar entre sus cosas, y de sacar el viejo sable que acompañaba a su uniforme de soldado. Y es ese viejo sable el que trae ahora consigo, cuando se detiene ante Baldomero San Román con la cara inexpresiva de un muñeco de madera.

7

El cazarrecompensas San Román aparta los ojos y suspira. Echa fuera la respiración larga, definitiva, de quien sabe que todo ha terminado.

—Muy bien, jodidos seáis los dos. Marchaos. Largaos adonde no pueda encontraros.

También suspira la negra Isaura, aliviada.

Y está a punto de tomar la mano de su amante, de suplicarle que la saque de allí y se la lleve lejos, cuando descubre que Sinesio Ferrer acaba de adelantar un paso. Con este solo paso le ha bastado para acercarse a San Román e hincarle el sable en el vientre.

Se desaforan los ojos de Isaura, y también los de San Román, sorprendido; todavía no siente dolor. Se resiste a asimilar que Sinesio Ferrer acaba de traspasarle de parte a parte, a pesar de que le sobrecoge el frío del acero que tiene metido en las tripas.

La cara del boticario permanece impassible, sin embargo; hay en sus ojos una oscuridad desconocida, un vacío. Es como si, de pronto, en esa alquimia vital que alimenta su mirada faltara un ingrediente.

—Estás muerto, San Román —dice en un susurro.

—¿Qué?

—Te he matado.

Y no es hasta que lo escucha de labios de su viejo amigo que San Román comprende al fin. Está experimentando sus últimos momentos de vida, esto es la muerte.

—A sangre fría —murmura el mercenario, sin poder creerlo todavía.

Isaura se retira hasta la puerta; la angustia la obliga a respirar a trompicones.

Baldomero San Román esboza una sonrisa cansada.

—Este sí es el Ferrer que yo conozco. ¿Ves? A mí no me engañabas. Todo esto no es por esa mujer. Todo esto era por ti, para demostrarte que podrías ser un buen hombre. ¿Lo creíste de verdad, Ferrer? ¿Crees todavía que podrás ser un buen hombre?

—No —responde Sinesio Ferrer—, no lo creo.

Y de un movimiento seco, rápido, extrae el sable; ¡zas! Baldomero San Román siente enseguida un líquido espeso y caliente que le cae por los riñones: se está vaciando por el agujero que acaba de hacerle el sable. «¡Aah!», exclama por lo bajo.

El boticario retrocede hasta la mujer negra y la rodea con su brazo; desde la puerta, contemplan la agonía del mercenario. Su cabeza va cayendo sobre el pecho, despacio, despacio, despacio, pareciera estar quedándose dormido.

—Me siento muy honrado, mujer —murmura mientras todavía es capaz de mirar a Isaura.

Y a pesar de que ninguno de ellos le pregunta por qué, el cazarrecompensas añade:

—Porque hayas sido tú mi última batalla.

Todavía no le ha puesto a la frase el punto final y está ya muerto.

La negra Isaura no tiene tiempo de reaccionar a estas palabras. Su amante el boticario, Sinesio Ferrer, acaba de agarrar un quinqué. No la mira, no le pregunta; se limita a estrellar el quinqué contra el suelo y, en un instante, se inflama el queroseno y surge una llamarada. Una luz amarilla ilumina ahora la habitación. Es el fuego, que comienza a devorar la botica de Sinesio Ferrer mientras él toma la mano de Isaura y se la lleva consigo.

—Vamos —le dice—. Algo está pasando. Tenemos que abandonar la ciudad.

8

La negra Isaura no tiene fuerzas para detenerse a pensar; de la mano de Sinesio Ferrer se deja llevar sin más, empujada por la muchedumbre con que se cruzan en las calles. Algo ocurre, sí, los capitalinos huyen en dirección a las puertas de Madrid, cunde el caos general. Si no tuviera tanta fiebre, si no estuviera tan enferma, Isaura se preguntaría qué sucede, por qué corre todo el mundo, de qué tienen tanto miedo.

Es por esto que tampoco repara en que Sinesio Ferrer se detiene en una esquina y le pide que aguarde allí.

—Vuelvo enseguida —dice después de besarla en la frente.

La negra Isaura está demasiado confusa para descubrir que se encuentra junto al callejón en donde *madame* Wang tiene su guarida; demasiada fiebre para vislumbrar cómo, al fondo, el boticario Sinesio Ferrer se abre paso a mandobles en el fumadero de opio. Ya no está Sying Wu para enfrentar la amenaza; los empleados de la señora no son contrincantes para la mano inmisericorde de Ferrer, y caen a su paso con un tajo en el cuello, o en la cabeza, o en el costado. La negra Isaura aguarda en la calle, de rodillas, rendida y febril; y por eso no puede ver cómo Sinesio Ferrer va abriendo todas las puertas y liberando a las prostitutas esclavizadas, hasta que finalmente llega ante la última de las habitaciones del burdel, donde *madame* Wang se oculta como una rata.

Madame no tiene tiempo de suplicar, apenas es capaz de sobreponerse a la visión del amable Ferrer enarbolando un sable ensangrentado. «Sinesio Ferrer —piensa la mujer en chino—, qué cosas, acaba de degollarme». El dulce boticario, el caballero que hasta hace nada le surtía del mejor opio de Madrid, la agarra por el pelo y ya no para de darle tajos hasta que le corta la cabeza.

Todo esto escapa a la mirada febril de Isaura, que solo se da cuenta de que vuelve a estar en camino cuando la arrastra una muchedumbre, otra vez de la mano de su amante. Y al cabo de un rato se repiten las mismas palabras.

—Vuelvo enseguida —dice Ferrer, y la deja apostada contra una esquina.

Se hallan ahora ante un palacete, del que salen algunos hombres corriendo. Van vestidos todos ellos de sotana. Y un carruaje que huye del lugar está a punto de atropellar a Isaura si no fuera porque Sinesio Ferrer se interpone en su camino enarbolando el sable. El cochero tiene pocas intenciones de enfrentarse a semejante loco, de modo que salta del pescante y escapa corriendo para unirse a la muchedumbre.

La negra Isaura, confusa y adormilada por la fiebre, no reconoce al caballero que viaja dentro del carruaje. Va vestido de paisano, ha dejado arriba la sotana, creyendo que puede estorbarle en su huida. También él tiene la intención de abandonar Madrid, la cosa se está poniendo fea y una turbamulta está saqueando su mansión, armados de antorchas y tirando los muebles por la ventana, los cuadros valiosísimos, las espesas alfombras de nudo.

Sinesio Ferrer agarra por la levita al cardenal Malibrán y le obliga a bajar del coche. El desgraciado balbucea suplicando que no le haga daño; acaba de reconocer al boticario y ahora lamenta no haberle concedido lo que le solicitó en la cocina. Todavía, sin embargo, no ha reparado en esa mirada vacía de vida, en esa expresión de cera. Y no es hasta que enfrenta los ojos de Ferrer que comprende.

—Dios mío de mi vida —murmura el cardenal.

Ya sabe que viene a matarlo. Lo sabe antes de sentir como Ferrer le mete el sable por la boca y le traspasa con él la cabeza hasta sacar la punta por la nuca.

La mole se viene abajo. El cardenal Malibrán se desploma igual que un muñeco desvencijado, y, a medida que cae, el sable va saliendo solito por su boca, quedando libre.

Todavía le contempla unos momentos el boticario Ferrer, disfrutando de la gloria de este momento sublime: el viejo cardenal yace muerto a sus pies. Sinesio siente en sus manos el poder, trae consigo el fin del mundo para todos aquellos que se interpongan. Y si en esta mañana de septiembre no acaba también con la vida de Isabel II y del presidente O'Donnell es porque los malditos no se cruzan en su camino.

Agarra de nuevo a Isaura, que, enferma y ajena al mundo, no se ha enterado de lo que acaba de ocurrir. Sinesio Ferrer se lleva consigo a la mujer negra, a la que de pronto siente libre a su lado; libre para caminar, para vivir; libre de enemigos y de las ataduras que hasta ahora la retenían.

También él es libre a su modo, pues no siente remordimientos por lo que acaba de hacer, y cree que no habrá de sentirlos nunca más.

Camina con ella sin pensar, es todo decisión; no tiene gota de miedo. Recuerda de pronto que esta es la misma sensación que le sobrecogía antes de entrar en batalla, y se siente tan pleno y tan dichoso que aprieta la mano de Isaura.

—Te quiero —susurra.

Isaura no tiene fuerzas para responder, pero corresponde a sus palabras con una mirada. En esa mirada está todo.

El boticario Sinesio Ferrer y la esclava Isaura escapan en dirección a alguna de las puertas de la ciudad. Caminan entre la muchedumbre que abarrotaba la calle, mientras el cielo de la alborada comienza ya a reflejar el incendio que está a punto de arrasarse Madrid.